



EDICIONES
BISTAGNE

ELISA LANDI
LIONEL BARRYMORE
LAWRENCE OLIVIER
WALTER BYRON

EL
CARNET
AMARILLO

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

El carnet amarillo

Magnífica producción, hablada en español, por dobles, basada en la famosa obra de Michael Morton, en la que se describe con fiel realismo el poder y astucia de la "Ochrana", terrorífico servicio de policía secreta en la época zarista

Dirección del genial RAOUL WALSH



Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

DISTRIBUIDO POR

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Calle Valencia, 280

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES PRINCIPALES:

ELISSA LANDI

LIONEL BARRYMORE

Laurence Olivier

Walter Byron

etc.

El carnet amarillo

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

El trono de los Zares, el más poderoso de estos últimos tiempos, fué derribado casi en una noche por un pueblo enfurecido que recuperaba su libertad después de siglos de opresión.

Entre los escombros y cenizas de ese trono, la historia descubre lentamente, no sólo sus glorias y sus grandezas, sino también la crueldad y corrupción que precipitaron su caída.

Corría el año 1913. El pueblo ruso se agitaba, fatigado de gemir bajo una esclavitud vergonzosa. A veces surgían de las varias razas que poblaban el inmenso Imperio del Zar, chispas de rebelión

apagadas rápidamente de un modo bárbaro y sanguinario. A cada intento de libertad se contestaba con una tiranía mayor, con una opresión más feroz y violenta. La vida se hacía imposible en aquel ambiente envenenado y hostil.

El barón Andreef era el director general de policía de Rusia. Era hombre de mediana edad, de instintos crueles, sensual y grosero, hundido en un lodazal de vicio, espíritu de tiranuelo cuyas órdenes eran siempre severas e implacables.

Cierto día, en ocasión de uno de tantos esporádicos movimientos que conmovían de un extremo a otro la vasta y complicada nación,

el barón Andreef tomó medidas radicales para hacer abortar una vez más el anhelo de un pueblo que soñaba con la libertad.

Uno de los altos funcionarios de policía le presentó un documento.

—Excelencia, aquí está la orden proclamando la Ley Marcial.

El general sonrió, carraspeó como acostumbraba hacer siempre—su garganta estaba rota por el alcohol—y a tiempo que lacra y sellaba el documento, indicó:

—Todo viajero, ruso o extranjero, debe estar provisto de pasaporte, ¿entiende?

—¡Perfectamente! ¿Y los judíos, Excelencia?

—¿Los judíos?

Su voz adquirió un timbre metálico, de odiosa burla.

—Ahora voy con ellos—prosiguió—. Todo judío que no se halle sirviendo en el ejército, será estrechamente confinado en sus barrios.

—¿Nada más?

—¡Nada más! Encárguese de que todos los comandantes cosacos hagan cumplir estrictamente la ley.

—¡Ahora mismo, Excelencia!

Y el empleado salió del despacho para ponerse en comunicación con todas las comandancias de Rusia y dar a conocer las órdenes del director general.

Al día siguiente, a los más apartados rincones del Imperio, llegaron las severas medidas. Los cosacos, fuerza leal al Emperador y odiada por el pueblo, se encargaron de pegar los bandos en todas partes, leyendo la gente, atemorizada, una vez se hubieron alejado aquellos soldados de mal agüero, las nuevas disposiciones del déspota... Especialmente entre los judíos, aquellas órdenes causaron una gran impresión... Se les condenaba a no poder viajar, a permanecer como presos en sus tierras... ¿Hasta cuándo duraría aquella constante humillación? Y los judíos, la raza más perseguida de toda Rusia, invocaron a su Dios pidiendo un castigo ejemplar contra los dominadores.

En una pequeña ciudad de Rusia, lejos de la capital, había llegado la patrulla de cosacos clavando el edicto en que se anunciaban las órdenes de Andreef. Los ha-

bitantes de la población, en su mayoría judíos, leyeron con la humillación y el abatimiento del israelita aquellas decisiones de la Ley Marcial.

Marya, una muchacha judía, blanca y esbelta, con la mirada misteriosa y grande de su raza, de carácter generoso y dulce, hermosa como una virgen de Israel, era maestra de escuela de la ciudad.

Aquella tarde, se hallaba como siempre dando clase a una docena de niños.

Les enseñaba los Mandamientos de la Ley de Dios, que los chiquillos repetían con monótona entonación.

Entró de pronto, grandemente retrasado, uno de los alumnos, el travieso y aprovechado Yascha.

—¿De dónde vienes?—le dijo la profesora—. Llegas muy tarde.

—Los cosacos han puesto un bando, señorita... Un hombre me paró y me lo hizo leer.

—Pero eso no te hizo perder tanto tiempo...

—¡Sí... sí!... He escuchado después los comentarios de la gente. El bando dice que no dan pasa-

porte a ninguno que viva en este barrio.

—¿De veras?

Marya hizo un gesto de tristeza... ¡Siempre el odio contra ellos! ¡Siempre la vejación siguiendo sus pasos!

—¿Qué quiere decir eso del bando, Marya?—preguntó David, otro de los alumnos.

—Pues, ya ves, que ningún judío puede salir de nuestro barrio.

—¡Oh! ¿Ni una profesora como tú, ni el Rabino?

—¡Ni uno sólo!

—¿Hay muchos vecinos en el barrio?—preguntó otro niño, llamado Joseph.

—¿No lo sabes aún? A ver, ¿cuántos?

Pero Joseph lo ignoraba y fue David quien con la satisfacción de poder ser el primero en la clase, indicó:

—¡Yo lo sé!... Hay catorce mil y dos.

—Catorce mil, sí, pero ¿por qué dos?

—Porque a mi mamá le han enviado hoy dos niñas.

Todos rieron y la profesora, im-

poniendo dulcemente silencio, siguió preguntando:

—Vamos a ver, ¿cuál es la población de Rusia?

—¡Dos... doscientos millones! —dijo David.

—¡Muy bien!

—¡¡Doscientos millones!! —exclamaron a la vez varios muchachos como si les maravillara aquella cifra extraordinaria, grandiosa, de la que no se hacían completa idea.

—Sí... sí...

—¿Y cuánto es eso, Marya? —dijo Milva, otro escolar.

—Una cifra grande, muy grande... Mira, hay tantos, que dicen que cada vez que respiramos muere un ruso...

Milva sonrió y de pronto empezó a respirar fuerte, de un modo jadeante y nervioso.

—Pero Milva, ¿qué te pasa? —le dijo Marya con extrañeza.

—¡Nada, que estoy matando cosacos!

Los chiquillos rieron complacidos de la ocurrencia de su camarada, en quien latía ya el odio contra el opresor... Marya sonrió también, pero quiso demostrar su

enojo ante tan radical procedimiento.

—¡Por Dios, Milva, no debes decir eso!

—¿Y por qué no? ¡Son muy malos, muy malos! —repuso Milva—. Ellos prendieron a tu padre, ¿verdad?

—¡Sí! ¡Ellos!

Una sombra de melancolía pasó por los grandes ojos de la maestra. Se levantó y nerviosa se dirigió hacia la puerta. ¡Pobre papá! ¿Qué era de él? Llevaba mucho tiempo sin noticias suyas. ¿Qué le habrían hecho aquellos cosacos de alma de demonio?

En aquel instante sonó una campana anunciando que la clase había terminado.

Los chiquillos salieron en tropel como bandada de pájaros.

—¡No arméis tanto ruido, por favor! —dijo Marya.

—¡Adiós! ¡Adiós!

—¡Y no tardes mañana, Yashchal!

—¡No, no! ¡Adiós!

Y se desparrramaron por el pueblo, deseosos de leer el bando, de comentar todo lo nuevo y extraordinario que ocurría en su tierra,

con ese espíritu de aventura y de jolgorio de todos los chiquillos, en cuyas almas vibra como uno de los primeros sentimientos el de la libertad.

Marya, procurando desvanecer los amargos pensamientos que la invadían, entró en su casa, situada muy cerca de la escuela.

Ella vivía en compañía de su madre y de su abuelo, un venerable viejo de grandes y blancas barbas.

Era la hora del te y todos lo tomaron en silencio.

—¿Quieres otra taza, abuelo? —dijo Marya.

—No, gracias.

—¿Hay noticias de papá? ¿Se ha recibido algo?

El abuelo y la madre lanzaron un suspiro.

—¡Nada! ¡Ni una palabra! —murmuró el viejo—. ¡Y es muy extraño! Seis meses de prisión es lo más a que han podido condenarle por negarse a pagar esa contribución injusta. ¡Y hace ya ocho meses!

—¡Pobre papá! ¡Cómo sufro por él! ¿Qué será de su vida?

Sonó el campanillazo de la puer-

ta. Marya se dirigió al recibidor y abrió la mirilla.

—¡Nachman! —dijo reconociendo a un muchacho, buen amigo de la familia, y que también había estado preso en San Petersburgo, acusado de desacato a la autoridad.

Abrió la puerta y le saludó cordialmente.

—¡Nachman! ¡Qué alegría verte!

—¿Está tu madre, Marya? —preguntó el joven con voz melancólica.

—¡Sí! ¡Pasa!

Ya la madre había llegado al recibidor.

—¡Nachman! ¡Oh, Nachman! Vienes de la capital, ¿verdad? ¿Has visto a Abraham? ¿Qué sabes de él?

—Ya te contaré.

Nachman y la madre entraron en la sala donde estaba el abuelo. Nachman aparecía preocupado, como quien ha de dar una mala noticia.

Marya cerró la puerta y al ir a entrar en la salita donde se hallaban reunidos los demás, escu-

chó el llanto súbito y enternecedor de su madre.

Se le heló la sangre en el corazón. Tuvo un doloroso presentimiento. Entró en el gabinete y vió a mamá con el rostro cubierto por las manos, llorando amargamente mientras el abuelo, con la cabeza reclinada sobre el pecho, tenía una expresión angustiosa.

Junto a ellos Nachman les miraba tristemente, lamentando ser portador de nuevas tan penosas.

Marya los contempló con inquietud y preguntó sospechando algo terrible:

—¿Por qué lloráis? ¿Qué pasa? ¿Acaso ha muerto papá? ¡Oh, hablad! ¡Hablad!

Nachman la tranquilizó con un ademán.

—¡No llores, Marya! Tu padre vive, pero está muy grave.

—¿Vive? ¿Dónde? ¿Lo has visto? ¡Oh, cuenta... cuenta!

—Acabo de llegar de San Petersburgo. Vi a tu padre el día que salí de la prisión. Estaba muy mal. Le mandé un médico de los nuestros para que lo visitase...

—Y...

—El oficial no le dejó pasar.

—Pero le atenderán bien, ¿no es así?—dijo Marya no creyendo que se pudiera dejar a nadie sin asistencia.

—¡Quién sabe! — contestó Nachman con escéptica sonrisa—. La prisión es terrible... ¡Hum! ¡Son como demonios! ¡Quieren que te mueras! ¡Lo prefieren!

La madre seguía en su llanto. El viejo guardaba silencio ante la suerte trágica del hijo.

—¡Oh, no, no pueden! ¡Son hombres!... ¡Debe quedar en ellos un sentimiento de humanidad!—indicó Marya, resistiéndose a creer en tan odiosos procedimientos.

—¿Que no? Tú no has visto lo que yo, Marya. En la prisión, cuando yo estuve, había un pobre hombre enfermo de pulmonía... y no le sacaron de aquella maldita celda ni le dieron una manta.

—¿Y... murió?

—¡Pues, claro!... ¡Y oí a los carceleros discutiendo sobre quién se quedaría con su reloj!

—¡Padre mío! — suspiró la maestra —. ¡No es posible! ¡Tengo que verle, tengo que sal-

varle! ¡Soy su hija! ¡He de estar con él!...

Nerviosa se dirigió al guardarropa y cogió un abrigo, un sombrero y un chal.

—Pero ¿adónde vas tú?—le preguntó su madre—. ¡Si no dejan salir a nadie!

—¡Me voy a verle! Necesito ver a papá, atenderle, ser su amparo.

—¡Oh, no, Marya! ¡No puedes ir! ¡No puedes ir!

—No te darán pasaporte para ello, Marya—dijo Nachman—. Hay órdenes severísimas... No podemos salir de nuestro barrio.

—¡Pues yo saldré!... ¡Yo saldré!—exclamó, frenética, mientras se ponía el abrigo, aureolada por el amor filial—. ¡Yo haré que me den un pasaporte! Si, no temas, abuelo, no digas que no... Tú lo verás, abuelo... Voy para cuidar de él, de papáito... Sí... sí... debo de estar con él. Sufrirá mucho...

—¡Marya... no debes... ir!... ¡Marya, no vayas!—le suplicó su madre.

—Me marcho ahora mismo.

¡Papá, papá! ¡No temas! ¡Yo me abriré paso como sea!

Y desoyendo las advertencias y consejos que le daban, abandonó la casita, después de recoger su pequeño maletín lleno de lo más útil y necesario.

No reparaba en los peligros que podría correr, en lo largo del viaje. Su padre estaba enfermo; ella iría a cuidarle aunque expusiera su vida. Y marchó febril y decidida, después de dar un último adiós a los suyos, hacia la estación.

* * *

Había mucha gente en la estación; gente que iba de una parte a otra, cargada de equipajes o que aguardaba pacientemente en hileras ante las distintas ventanillas de despacho.

Marya, un poco aturdida en aquel ambiente desconocido para ella, pero sin perder del todo la serenidad, preguntó a un factor:

—¿Cuándo sale el tren para San Petersburgo?

—Seis y ocho.

—¡Gracias!...

Faltaba media hora para mar-

char. So colocó en la fila de los que aguardaban para solicitar el pasaporte.

Deseaba encontrarse ya en el tren, más aun, en la propia cárcel de la capital... Marya, alma pura y enamorada de su padre, viéndole en peligro arrostraba por él todas las penalidades y sacrificios.

Después de una larga y penosa espera le tocó el turno y se encontró ante el oficial encargado del despacho, un botarate engreído por su cargo.

—¿Puedo obtener un pasaporte?—preguntó Marya con voz temblorosa.

—¿Qué nombre?

—Marya Kalish.

—¿Judía?—dijo arrugando el ceño.

—Sí.

—Si quieres pasaporte, dile al Zar que cambie la ley... ¡A ver, otro!

—Pero, señor...

—¡Fuera! ¡Otro! ¡Ah!, ¿usted, querido?—dijo el oficial a un vejete—. Otro viaje, ¿eh? ¡Muy bien!

Marya, afligida ante aquel obs-

táculo inesperado, volvió a insistir cerca del oficial.

—¡Sea bueno conmigo, señor!...

Mi padre está en San Petersburgo... muy enfermo... muy grave... y yo debo ir con él.

—¡Yo no tengo nada que ver!—exclamó brutalmente—. ¡Fuera de aquí! ¡Que hay muchos esperando! ¡Fuera!

Retiróse Marya unos pasos anegada en llanto, preguntándose cómo podría hacerlo para adquirir aquel papelito sagrado, libre circulación para correr al lado de su padre.

¡Oh!, ¿qué país éste en que le negaban a una hija el derecho de permanecer junto a su padre?

Ahora le tocó el turno a un sujeto alto, robusto, de nariz achatada; un boxeador de fama en el país.

—¡Hola, Ossip!—dijo el oficial—. ¡Bien, bien! Tienes los documentos en regla.

—¡Hasta otra, amigo!

—¡Adiós!

A continuación entregó su pasaporte una mujer joven, extremadamente pintada, los labios teñidos de carmín, los ojos negros y

resplandecientes y en todo su porte ese aire sensual y provocador de la vendedora de caricias.

El oficial se echó a reír al verla y selló el documento que ella le presentaba.

—Fania Rubinstein... Veinte años... Ojos negros, pelo negro... complexión media... Sí, todo en orden... ¿Qué, no te ha ido bien con nosotros, muchacha?

—Cuando me canso, me marcho.

—¡Haces bien!... ¡Adiós!... Que tengas suerte.

La cortesana fué a sentarse en un banco. Marya, que había estado contemplando la escena anterior, avanzó hacia la joven. Confusamente se daba cuenta de qué clase de mujer era aquella, pero rechazando todo temor, con la angustia de las situaciones difíciles, se sentó a su lado y le preguntó cortésmente:

—Perdone usted que la interrumpa, pero le ofrezco veinte rublos por el pasaporte. He de ir a San Petersburgo. Mi padre está grave. ¡Véndamelo usted!

La llamada Fania miró con extrañeza a aquella joven de aspec-

to burgués en quien se adivinaba una mujercita de su casa.

—Supongo que no has de comprar un pasaporte como el mío—le dijo moviendo la cabeza—. Lo que tengo es un Carnet Amarillo.

—¿Carnet Amarillo?

Instintivamente se apartó unos centímetros como si le avergonzara el contacto con aquella muchacha. ¡Carnet Amarillo! Es decir, la cédula de identidad que daba la policía a las mujeres de mala nota. ¡Un documento de vergüenza que señalaba ya para siempre a su portadora con el más vil de los estigmas.

Pero en aquel momento, Marya volvió a pensar en su padre, que tal vez agonizaba en una celda húmeda y fría de presidio, y sintió la necesidad, el fervoroso deseo de ir a su lado, arrostrándolo todo, no importándole los medios para poder estar con él... Acaso con una mayor reflexión hubiese retrocedido a tiempo del mal paso que iba a dar, pero estaba excitada por el ardiente deseo de subir al tren, de acompañar a su padre quizás en sus últimas horas... Y acallando la fina e instin-

tiva protesta de su corazón de mujer honrada, preguntó:

—¿Puede usted viajar con el Carnet, sin necesidad de otro documento?

—¡Pues claro está!—contestó riendo—. Puedo ir donde quiera con él. Donde haya hombres. El Carnet es de libre circulación para instalarte donde quieras.

—¿Hombres?

—¡Sí!—exclamó riendo a carcajadas—. ¿No has tenido tratos con ellos? ¡Mejor! Son malos, no valen nada. Sucios y repulsivos todos.

Aquel lenguaje de cortesana hería las fibras más sensibles del alma de Marya. Pero, sobreponiéndose a su repulsión, preguntó:

—Dígame, ¿una judía puede viajar con Carnet Amarillo?

—¿Por qué no? Es el solo medio de hacerlo hoy... De otra forma no puede obtener pasaporte.

—¿Me darían a mí un Carnet Amarillo?—preguntó bajando los ojos, como acobardada de su proposición.

—¿Tú? Supongo que no querrás un Carnet como el mío... Es una mala cosa.

—¡No me importa! ¡Lo debo tener! ¡Lo necesito! He de ver a mi padre. ¡Cualquier cosa con tal de estar con él!

La hetaira movió la cabeza. ¡Empeño absurdo el de la muchacha! Valdría más que no lo tuviera... Pero sintiendo lástima por aquella criatura que se lo pedía con lágrimas en los ojos, contestó:

—No te lo aconsejo, pero ya que insistes... Mira... Vete a ver a Sonya Petrovna... Estas son sus señas... Dile que vas de parte de Fania... Te atenderá... Toma una tarjeta suya.

Marya guardó la cartulina en su bolso.

—Y que tengas suerte... Y no te olvides de darle recuerdos. ¡Ah, mira! Allí me espera mi amigo Ossy, el boxeador. Un estúpido, pero al que saco dinero.

Avanzó hacia él, que había acabado de facturar su equipaje, y ofreciéndole el brazo se dirigió sonriente al andén.

Marya, nerviosa, preguntó a qué hora salía otro tren para San Petersburgo. Le informaron que a las ocho. Tenía tiempo... Salió de la estación y se dirigió, atemoriza-

da, a la dirección de Sonya Petrovna.

Era una de las casas de vicio más lujosas y acreditadas de la ciudad. En sus salones reinaba una desenfrenada orgía. Giraban las parejas en danza repugnante y lúbrica... La música del jazz-band se confundía con los botellazos del champaña y con el ruido de los besos... Risas, canciones, pecado. Y presidiendo el aquelarre, la dueña de la casa, Sonya Petrovna, fumando un cigarrillo de opio.

Timidamente, latándole con violencia el corazón, entró Marya, la humilde maestra de escuela, la violeta dulce y llena de perfume generoso, en el vestíbulo de la casa.

Preguntó a una criada por la señora Petrovna. Aguardó, impaciente, escuchando el eco de la bañal que venía del gabinete contiguo y contemplando con repulsión a dos mujeres que muy ligeritas de ropa y con aire abandonado asomaban sus caras pintadas por una galería.

La criada dió grandes gritos para avisar a la dueña.

—¡Madame! ¡Madame! ¡Madame!

Una voz aguardentosa y ronca le contestó:

—¡Oh, calla! ¡Aquí estoy! ¿Qué hay?

Se presentó una mujer descotada, vestida con un lujo chillón, cargada de joyas, el rostro pintado extremadamente...

Sonriente miró a Marya cuyo aspecto de criatura ingenua le agradó. ¡Magnífica adquisición para la casa! Creyó al principio que se trataba de una muchacha a quien el hambre o el vicio empujaban hacia la senda pecadora.

—¡Hola, chica! ¿Qué quieres?—le dijo, sonriente.

—Tome esta tarjeta... Me envía Fania Rubinstein...

Sonya leyó la tarjeta y sonrió.

—¡Ah! ¿Conque te envía Fania Rubinstein?

—¡Sí, señora!—dijo bajando los ojos.

—Es una gran muchacha... Vamos, ven, entra, querida mía.

Quiso hacerla pasar al salón

donde la fiesta proseguía en una orgía creciente...

Marya contempló desde el umbral aquella mescolanza de vicio dorado, de torpes besos y caricias, y retrocedió aterrada, herida por primera vez por la flecha ingrata de la realidad.

—¡Oh, no... no!—gimió sintiendo que se sublevaban en su alma los nobles instintos de virtud de su familia.

—¿Qué te pasa?—dijo la dueña, desconcertada—. Vamos, no estás acostumbrada. Claro... ¡Siéntate, siéntate!... ¡Descansa un poco!

Marya, a punto de llorar, tomó asiento.

—Señora, yo...

—Dime, ¿qué deseas?

Avergonzada, con los ojos bajos y la voz que le temblaba de angustia, confesó:

—Necesito un Carnet Amarillo. Tengo que ir a San Petersburgo.

—Judía, ¿eh?

—Sí.

—¿Sólo es para el viaje?

—Sí, eso es todo.

—¡Bien... bien! Vienes reco-

mendada por Fania y a ella no puedo negarle nada. Toma un Carnet... Yo puedo extenderlo para mis pupilas... Aquí lo tienes... Pero te cuesta cincuenta rublos, querida. Es mi comisión...

Ella le entregó aquella cantidad, gran parte de sus ahorros, pero ¿qué no hubiera hecho para estar con su padre?

Sintió una vergüenza infinita al recoger aquel papel amarillo, cédula de la más deshonrosa de las profesiones, triste documento para justificar una existencia en que se vende sin amor lo más sagrado de la mujer.

Guardó el Carnet en el monedero.

—Con él tienes que ir a la policía... Te lo sellarán... Lo llenarán con tus señas... Estoy segura de que todo saldrá bien... La policía me conoce. ¡No temas nada! —siguió diciendo la dueña.

—¡Gracias!

—¡Adiós, joven!

Salió Marya de aquella casa de vicio y anduvo rápidamente hacia la estación buscando las calles más oscuras con el temor de que la gente adivinara que llevaba el

Carnet Amarillo... Todos se podrían atrever con ella; la ley era tolerante contra las mujeres de su clase... ¡Ah! ¿No habría cometido una locura inmensa? Pero era por ti, papá, para poder correr a tu lado, para darte un poco de compañía y de cariño, para enjugar el sudor de tu frente. Papá, papá, por ti, Marya daría la vida. ¡Le quería tanto, tanto... que cualquier sacrificio, hasta aquel que acababa de hacer, de deshonrarse públicamente, teniendo el alma pura y transparente como la luz del sol, lo hacía sin quejarse, por papá, el amable y santo papá que sufría prisión por no querer pagar una contribución injusta.

* * *

Entregó, temblándole la mano, el Carnet Amarillo, al oficial encargado de los pasaportes en la estación.

El esbirro sonrió y miró con inaudita desvergüenza a la muchacha. ¡No estaba mal la chica, no estaba mal! Era joven y tenía esa frescura de la rosa que no ha sido aspirada demasiado. Lástima que

se fuese de la ciudad, si no, el oficialillo desearía tener intimidad con ella...

Selló el Carnet, puso en él las señas personales de la joven... Ella con los ojos bajos atendía a la operación.

—Ya lo sabes—le dijo el oficial—. Has de presentarte a la policía dos veces al mes para el reconocimiento médico... Ya lo indica la tarjeta... Y no te olvides de hacerlo...

—No me olvidaré.

—¡Pon tu nombre en el Carnet!

La joven, emocionada, firmó el Carnet con el nombre de Marya Kalish.

—¡Está bien! Puedes ir a aquella otra ventanilla a buscar el billete. Y no seas tan arisca, que no parece sino que te avergüences de mirarme.

Marya suspiró tristemente y se dirigió a buscar el billete mediante la presentación del Carnet.

Tuvo que sufrir las groserías, las burlas sangrientas, brutales, de los hombres que al ver a una mujer de cierta clase ya piensan que carece de alma y sólo ven a su alcance un cuerpo bonito y tentador.

Fué para Marya un calvario el tener que oír aquellas infamias, que llenaban de dolor su almita pura y que le revelaban la existencia de un mundo repugnante.

Por fin se encontró en el tren, en un vagón reservado, y ya entonces no la molestaron más. A la mañana siguiente llegó a San Petersburgo, y, tomando un coche, lo primero que hizo fué dirigirse a la fortaleza donde gemía su padre.

Daba por bien empleadas sus humillaciones, la vergüenza que había pasado, con tal de poder estar junto a papá.

Ante la puerta, unos soldadotes la registraron temiendo que pudieran ocultar alguna arma... Rieron groseramente al ver que llevaba en el bolso el Carnet Amarillo... Sus instintos, agudizados por la dura existencia del cuartel, se desataban ante la vista de una mujer que según aquella cédula era de todos y para todos.

Entró por fin en una sala oscura, húmeda, de paredes grises y rezumantes.

Un oficial, sentado ante una mesa, le preguntó:

—¿Qué quiere usted?

—Deseo ver a Abraham Kallish. Soy su hija.

—¡Espérese allí!—repuso, irónico, prosiguiendo la lectura de unos documentos que tenía encima de la mesa.

La joven obedeció y se dirigió a un rincón, junto a una ventana. Cerca, sentadas en unos bancos, estaban unas pobres mujeres que aguardaban seguramente poder ver a algún deudo suyo.

Escuchó el rumor de unos lentos toques de campana y por las rejas de la ventana miró a un enorme patio...

Con profunda emoción vió entonces a varios centenares de hombres que se alineaban en filas y entraban lentamente en el interior de la prisión. Eran los presos que después de haber salido un momento al patio a tomar el sol volvían al tormento de sus celdas infectas... Unos cuantos soldados, con fusil y látigo, les vigilaban...

Angustiada, apretando con fiebre las manos contra la verja de la ventana, Marya intentaba descubrir entre aquellos hombres ves-

tidos todos exactamente de gris, a su pobre padre.

¡Ah! ¿Cuál de ellos era? Abría desmesuradamente los ojos queriendo ver a través de la distancia. Pero el brazo de un soldado la apartó rudamente de aquel lugar.

—¡Ven!

Marya avanzó hacia el oficial, quien le dijo con una actitud burlesca:

—Va usted a ver a su padre... ¿Se lo quiere usted llevar?

—¡Oh! ¿Podré?—dijo con repentina alegría.

—¡Claro está que sí! ¡Ja, ja, ja! Tome este papel... Entregue el pase al oficial que está al pie de la escalera. ¡Por ahí! ¡Por la derecha!...

Marya obedeció y entregó el papel. Un soldadote la acompañó por la escalera oscura, rezumante de humedad.

Llegaron a un subterráneo... Hacía frío... Pensó Marya con horror en su pobre padre, enfermo y viejo en aquel insalubre lugar.

¿Cómo iba a encontrarlo? ¿Estaría muy grave? ¿Se salvaría?

No se atrevió a preguntar nada a aquellos soldados que hacían de centinela, pues tenían el aspecto innoble y odioso de todo aquel régimen de autocracia.

Por fin le abrieron la puerta de una celda y Marya, palpitante de júbilo ante la idea de abrazar a su padre, entró decidida en aquel calabozo oscuro y maloliente.

Transcurrieron unos segundos. Marya dió un grito, un grito espantoso, horrible... ¡Ay, lo que acababa de ver!

Un soldado entró en el calabozo y a los pocos momentos sacó arrastrando a Marya.

—¡Papá! ¡Mi pobre papá! ¡Papá!—gemía la infeliz.

Cogiéndola por un brazo la obligó a subir la escalera y entraron de nuevo en la sala donde estaba el oficial, quien al verla rompió a reír en una carcajada ruin.

—¿Qué? ¿Ha visto usted ya a su padre?

Marya permaneció unos momentos en silencio; luego irguió la cabeza en la que los ojos brillaban como carbunclos.

—¡Ah, mi padre está muerto... muerto!... ¿Por qué este crimen?

¿Por qué? Era bueno, honrado, santo... Era humanitario... Amaba a todos como hermanos... ¿Por qué lo mataron? ¿Porque era judío le han quitado la vida?

—¿Qué culpa tenemos si se murió?... Enfermó. Era ya muy viejo.

—No le cuidasteis. Le habéis dejado morir... ¡Miserables... miserables! ¿Por qué habéis hecho eso?

—¡Pregúnteselo al Zar! —exclamó el oficial.

—¡Hay alguien sobre el Zar! —gritó con acento de desesperación—. ¡Ya lo pagaréis, brutos, ya lo pagaréis!... ¡Lo matasteis! ¡Lo matasteis... salvajes!... Murió por vuestra culpa... Hay justicia, ha de haberla un día u otro... ¡Ya pagaréis! No seguiréis así por siempre...

—¡Largo de aquí! ¡Pronto! —dijo el oficial, furioso.

Unos oficiales la cogieron para echarla a la calle, pero aun ella gritaba, increpándoles furiosamente por la muerte de su padre, acaecida por consunción en el presidio.

—¡Pagaréis! ¡Lo juro! ¡Gota

a gota, agonía por agonía! ¡Pagaréis! ¡Pagaréis!

Era como una imagen magnífica de desesperación y terror... Sus ojos llameaban. Sus labios tenían una mueca trágica de muerte.

Los carceleros la arrojaron a la calle, a que fuese a escandalizar en la vía pública. Y ella se alejó llorando, desesperada, levantando el puño contra aquella prisión en la que, abandonado de todos, había entregado su vida su pobre padre inocente, su pobre padre caballero, muerto en soledad sin que ni su hija, que había tomado recurosos heroicos para estar con él, hubiese llegado a tiempo de darle el último beso de amor...

* * *

Pasó varios días en San Petersburgo, desorientada, aniquilada bajo el golpe del destino. Había escrito a su familia dándole cuenta de la muerte de papá. No sabía aún qué hacer... Le horrorizaba la idea de volver a la ciudad natal, temiendo que pudieran descubrir lo del Carnet Amarillo... Desearía encontrar algún empleo, al-

guna colocación en la ciudad. Ella era una muchacha culta e instruida y tendría muchos caminos que poder seguir.

Pero ignoraba que ya era prisionera de su propia deshonra. Un día estuvo la policía a buscarla en la pensión donde se hospedaba y la condujo a la cárcel de mujeres.

Ella protestaba airadamente contra aquella detención injusta, incomprendible...

Pero pronto comprendió lo que significaba... En una de las salas de la cárcel tuvo que reunirse con otras mujeres que, como ella, tenían Carnet Amarillo... La detenían por considerarla una de aquellas criaturas que se venden al primer postor.

Avergonzada, bajando los ojos, procurando no mirar a las demás mujeres que estaban con ella y que tenían un lenguaje horrible y procaz, muy acorde con el rostro ignobles y tatuado por todos los vicios, tuvo que esperar a que la tomaran declaración.

Antes que ella, una mujer rubia se presentó sonriente ante el comisario de policía.

—¡Ah! ¿Ana Verenska? ¿Otra

vez aquí?—dijo el policía examinando su Carnet—. ¡Bien! Un mes de arresto por no cumplir con el reconocimiento. Sí... ya sabes el camino... por aquella puerta.

Desapareció, y le tocó el turno a Marya, violeta entre cardos, lirio blanco y perfumado entre espinas.

—¡A ver! ¡El Carnet! —le dijo brutalmente el funcionario.

Ella entregó la cartulina amarilla, cruel y del color de la muerte.

—Marya Kalish, por no presentarte a la policía como es tu obligación, quince días de cárcel...

—¿Yo? ¿Presa? Pero... si yo no hice nada... Si yo...

—¡A ver! ¡Llévesela! —dijo a la encargada de las presas—. Otra... Vera Barakella... acusada de estafa, ¿eh? Dos años de prisión...—siguió diciendo a otra delincuente.

Desesperada, la pobre Marya se dejó conducir a otro de los departamentos de la cárcel, la sección de higiene, donde había una piscina en que se bañaban las he-tairas.

La encargada daba grandes gri-

tos ordenando a las muchachas que fueran de prisa... Ellas reían, perdido todo pudor, cantando canciones obscenas.

Marya lloraba... ¡Aquel ambiente, aquella vida, la compañía de aquellas infectas criaturas!... ¡Dios mío! ¿E iba a ser siempre así? ¿Qué hacer para librarse de aquella infamia?

—¡Fuera la ropa! ¡Pronto!—le dijo la encargada—. ¿Qué es lo que esperas? ¡A ver, vamos!

Tuvo Marya que obedecer y sumergirse en la piscina llena de agua caliente y desinfectante... Lloraba con desconsuelo... En aquel instante se acordaba de los suyos, de su pobre padre muerto, de la buena mamá, del abuelo, bien ignorantes de lo que ella sufría...

Abría los ojos y creía estar soñando o haber muerto y caído en un infierno, tostándose al lado de aquellas condenadas... ¡Pero, no, no!... Vivía... desgraciadamente vivía... Tenía que oír las palabrotas impúdicas, los conceptos malsanos, el horror de un mundo letal de podredumbre y de miseria.

Tras del baño, limpias y arre-

gladas ya las mujeres, pasaron a otro departamento donde el médico procedió a reconocerlas. La mayoría estaban enfermas, criaturas horribles que esparcían por la tierra con una mentira de amor, la tragedia de su enfermedad.

El médico y unas ayudantas reconocieron a Marya. La vieron pura, inmaculada, teniendo su cuerpo un perfume de virgen y de novia.

El doctor comentó con las enfermeras el caso de la muchachita, criatura que seguramente hacía poco había comenzado su vida de infortunio.

La miró con una súbita bondad, como enternecido por aquella juventud incauta y engañada.

—¡Ah, Marya! ¿Cómo ha llegado usted aquí?... Usted no es una de esas... Bueno, no me explique nada, no es cuenta mía, pero déjeme aconsejarla a tiempo... Es una vida brutal, horrible... ¡Bien, otra!

Volvió a adquirir su faz un tono seco y duro, y Marya, aniquilada por tantas emociones, sin contestar, se dejó conducir a la celda

donde iba a pasar quince días de arresto.

Seguía llorando con un dolor inmenso, con una vergüenza de su propia vida, con un extraño anhelo de morir... Una mujer vieja y arrugada, su compañera de celda, la dijo con aire compasivo:

—¡Pero no llores más, muchacha!

—¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia!—sollozó—. Dime, tú debes saberlo... ¿No hay un medio de deshacerse de ese Carnet cuando lo tienes?

—¡No! ¡Lo tendrás siempre! No hay modo de librarse de él. La policía conoce dos clases de mujeres: Las honradas y las otras. Si te ponen con las otras, ya no puedes evadirte.

—¿Y si vuelves a tu pueblo?—preguntó con un rayo de esperanza.

—Yo quise volverme, pero la policía se adelantó y cuando llegué nadie quiso recibirme. El golpe fue fatal para mi padre...

—Dime, ¿lo dirán a mi familia?

—Seguramente... ¿Diste tu dirección?

—¡Sí!

—Estás perdida, pues. Si vuelves a tu casa, te perseguirán allí también. Un Carnet Amarillo es peor que un tatuaje. ¡Ah, maldita vida!... Debiste comenzar como yo... Te engañó un hombre, ¿verdad? ¡El novio infame!

—¡No... no!... ¡Si tú supieras!

Y con el deseo de dar un poco de paz a su corazón contó a aquella desdichada la historia de la adquisición del Carnet, aquel poema de amor filial cuyo resultado había sido, desgraciadamente, estéril.

De nada había servido su remedio. Esto era lo más desesperante. Papá había muerto en la prisión; ella seguiría con su deshonra, rota su vida, ultrajado su honor, ignorante de lo que debería hacer, no siendo admitida entre las personas honradas y repugnándole, por otro lado, no queriendo efectuarla nunca, la vida de las mujerzuelas...

Y siguió llorando amargamente en los brazos de su compañera, que ahora la contemplaba con veneración, viéndola superior a ella, a todas cuantas mujeres había conocido...

¡Santa mujer, santa niña! ¿Qué sería de su vida? ¿Qué sabía ella de un mundo que cataloga a las gentes en serie, sin pensar que cada alma es algo diferente?

* * *

Aquella mañana esperaba un caballero en el despacho del barón Andreef.

Eran las diez y el visitante parecía impacientarse.

—Dígame—preguntó al secretario del general—. ¿Cree que Su Excelencia tardará? Me llamaron para las diez.

—No se apure. Nunca llega tarde el señor barón.

Instantes después apareció, sonoliento y malhumorado, como tenía por costumbre todas las mañanas, el propio director general.

Su rostro adusto, pálido, en que un bigote de guías caídas y los ojos amarillentos le daban un acentuado perfil asiático, miró al caballero que esperaba y, sentándose ante su suntuosa mesa, preguntó a su secretario:

—¿Quién es ése?

—Es el jefe de la Prisión de Kronstadt, Excelencia.

—¡Ah!

Se le acercó el mayordomo con una bandeja. Nervioso tomó una tableta de aspirina para despejar su cabeza, y un sorbo de agua.

Después vió cómo avanzaba el director de la prisión con unos documentos en la mano.

—¡Excelencia!

—¿Qué? ¿Qué hay?

—Le traigo algunos informes.

Andreef hojeó nerviosamente la documentación.

—Sobre las ejecuciones, ¿no?

—No, Excelencia, son los casos recomendados para indulto.

—¡Indulto!... El derecho de gracia no me interesa... Yo no tengo tiempo para ver esto.

—Pero, Excelencia. Las ejecuciones están señaladas para mañana.

—¡Exacto! Procure que se cumplan en seguida. Y para el futuro, traiga usted recomendaciones más breves.

Y brutalmente rompió en dos pedazos las solicitudes de indulto. El director de la prisión le miraba aterrado.

—¡Pero, Excelencia!

—¡Ni una palabra más! Firmaré ahora la orden para las ejecuciones.

Aun intentó el visitante protestar contra aquella inhumana sentencia, pero el secretario le advirtió al oído:

—Espere ahí fuera.

Desorientado, el pobre director de la cárcel salió del despacho, mientras Andreef firmaba tranquilamente las sentencias de muerte.

Como director general que era de la policía, tenía poderes expresos del Zar para castigar a los que caían bajo su jurisdicción. Era hombre que no daba cuartel a nadie y se complacía en hacer daño al prójimo.

Marchó su secretario, y llamando el barón a su mayordomo, le dijo algo en voz baja.

Boris, el criado, asintió, y salió de la estancia, reapareciendo poco después en compañía de una mujer joven y guapa, que al pasar ante Andreef le sonrió de modo picaresco.

Era una de tantas amigas de una noche como habían desfilado por la casa. Ahora, secretamente,

el criado Boris la conduciría por la puerta excusada a la calle, para que nadie se enterara de las liviandades del señor.

El barón marchó luego a palacio, pues tenía audiencia con el emperador.

Por la tarde, a la hora suave de ponerse el sol, fué a dar un paseo a caballo en compañía de su sobrino y ayudante, el capitán Nikolai, y de un soldado asistente.

Nikolai era una segunda edición de Andreef: amigo de las mujeres, tenorio de profesión, alma sin escrúpulos de ninguna clase para realizar su voluntad y el triunfo de sus pasiones.

Paseaban por el parque. Llegaron cerca de un restaurante al aire libre, muy concurrido a aquella hora del atardecer.

—Tío, he estado pensando...

—¿Qué?

—He estado pensando...

—No presumas de eso, Nikolai... En fin, ya sé lo que quieres decir... Que entremos en el café, ¿verdad?

—¡Eso mismo!

—Soy de tu opinión.

Bajaron de caballo... El propie-

tario del local, al ver apearse a tan distinguidos huéspedes, cruzó las manos con entusiasmo y se dirigió al encuentro del director de orquesta.

—¡El barón, el barón aquí!... Maestro, la pieza predilecta del barón, la predilecta del barón...

—¡Muy bien, señor!

Andreef, al dar las riendas de su caballo al asistente, tropezó con éste, que se tambaleaba grotescamente y olía a vino a una legua.

—¡Ah!—exclamó el barón con repugnancia—. ¡Imbécil! ¡Aaah! ¿Por qué no miras por donde vas? ¿Te has emborrachado?

—Excelencia, yo...

—¡Largo!

Entraron en el restaurante. El dueño salió a su encuentro, doblándose en humillantes reverencias cortesanías.

—¡Ah, Monsieur! ¡Pase, señor barón, pase!... Tenemos caviar, perdices, arenques, faisán...

—¡Está bien! ¡Está bien!... ¡Trae de todo!

—¡En el acto, señor!

No había ninguna mesa vacía. ¿Cómo hacerlo para que el señor

barón pudiera estar cómodamente? En una mesa que ocupaban varios oficiales, quedaba sitio vacante, y el propietario del restaurante les hizo tomar asiento.

Los militares, de pie, saludaron cortésmente al general, quien correspondió con amabilidad.

—¡Siéntense, señores, siéntense!... ¡Uy, tengo miedo de que el dueño del restaurante vaya a besarme!... Y probablemente lo hará algún día... ¡Je! ¡Je!... Lo que Rusia necesita es un Herodes... Degollar a los inocentes...

—Sí, es cierto, Excelencia—dijo un oficial.

—Yo creo que todo el mundo debía... —comentó Nikolai—. Pero ¡hola! Los caballos sueltos...

Y señaló a los hermosos animales, que caminaban libres por el parque.

—Ya te dije que el asistente estaba borracho—repuso el barón.

—Yo me cuidaré de él... Voy a ver.

Cerca de allí, sentada en uno de los bancos de madera del parque, se hallaba Marya, la hermosa y desgraciada judía, que acababa de

cumplir los quince días de arresto.

La abrumaba una infinita tristeza; aquellas semanas en la cárcel habían puesto negruras en su corazón. ¿Qué hacer en lo sucesivo? ¿Cómo librarse de la tiranía de aquel Carnet que la condenaba a presentarse continuamente a la policía? ¿Cómo desprenderse de aquella lacra con que la habían señalado para siempre? Y ella era honrada, más honrada que nunca, más deseosa de serlo que nunca, después de haber visto de cerca a las desgraciadas mujeres que hacen del amor una mercancía. Pero ¿conseguiría poder ocuparse en alguna profesión digna? ¿La admitirían en algún sitio? ¡Ah, si pudiera volver a casa! Pero tenía miedo de que si iba a su ciudad natal se descubriera que poseía un Carnet Amarillo y su santa madre y su venerable abuelo pudieran sentir el ramalazo de la deshonra. ¡No, no! Era preferible quedarse.

En tan amargos pensamientos se hallaba sumida, cuando vio que se sentaba a su lado un soldado. Era el asistente del general Andreef, que, sonriente, intentó de

buenas a primeras abrazarla.

El soldadote, perdida toda noción del deber a causa de unas cuantas libaciones efectuadas antes de salir de paseo, vio a aquella mujer sola y linda, y mirándola con sonrisa demoníaca, la estrechó brutalmente contra él.

Indignada por la ofensa, Marya se levantó.

—¿Cómo se atreve usted? ¡Déjeme ahora mismo!

—¡Ven aquí! ¡Anda!

Y sus torpes brazos pretendían abarcar aquel talle lindo e inmaculado.

—¡Déjeme! ¡Déjeme!

—¡Ven aquí! ¡No seas esquivo! ¡Ja, ja, ja!

Pero enmudeció al ver aparecer al capitán Nikolai, quien, rápidamente, se dió cuenta de lo que sucedía.

Atemorizada, Marya se había refugiado junto a un árbol. Nikolai miró al soldado con indignación.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué haces tú, salvaje?

—Mi capitán, yo...

—¡Idiota!

Con su látigo le azotó el rostro,

y el asistente se desplomó casi sin sentido.

Le miró el oficial con una sonrisa desdeñosa, y avanzando hacia Marya, pálida y triste, le dijo:

—Lamento lo ocurrido. ¿Puede serle útil en algo?

—No, gracias...

Nikolai contempló con ojos codiciosos a aquella muchacha. ¡Qué guapa era! ¡Qué perfume fresco y dulce el de su persona! Y como era hombre que no desperdiciaba ocasión alguna de conquista, puso inmediatamente asedio a aquella plaza juvenil.

—¿Se encuentra usted ya bien?

—Sí, señor. ¡Gracias!

—¡Oh, no hay de qué! ¿No se sienta usted un momento?

—No, me debo marchar.

Intentó avanzar, pero el oficial, atrevidamente, puso sus brazos ante ella impidiéndoselo.

—¡Pero, siéntese usted!... Tiene que calmarse... Vaya, mire, sus manos tiemblan.

Cogió sus manos y depositó en ellas unos besos... Sus ojos brillaban, terribles y sensuales. Había en ellos la misma mirada lúbrica y brutal que en los del asistente.

—¡No me toque! — exclamó ella horrorizada.

—¡No se enfade! ¡Oh, no son sólo sus manos, también sus labios tiemblan!

—¡Déjeme! ¡Por favor!—decía Marya, avergonzada.

—¡No sea usted tonta! ¡No le voy a hacer nada!

—¡Déjeme usted! ¡Déjeme!

El capitán la estrechaba entre sus brazos, y sus labios glotones estaban ya casi besando los labios en flor de ella.

Pero entonces sonó el ruido de unas espuelas detrás de él, y Nikolai, volviéndose rápidamente, vió a su tío, el barón Andreef, el cual extrañado de la tardanza del joven, había ido a ver lo que sucedía.

—Nikolai, me sorprende que tú...—le dijo con una mirada enigmática.

Nikolai se retiró unos pasos, sonriendo de una manera cínica. Marya respiró un poco aliviada ante la presencia del general. Miró a Nikolai y le dijo como un reproche:

—¿No hay diferencia entre un

capitán y un soldado? ¿Todos tratan igual a las mujeres?

Andreef vió entonces al asistente.

—Manda a este borracho a que lo arresten.

—¡Muy bien, señor!—dijo Nikolai.

—¡Gracias! — exclamó Marya con sencillez, disponiéndose a alejarse.

Pero el barón era hombre de una sensualidad atrevida que aprovechaba todas las oportunidades. Una rápida ojeada le había bastado para descubrir que aquella criatura era una preciosidad.

—¡Un momento, querida señorita! Esto ha sido un suceso grave que quizá acabe en Consejo de Guerra.

—Pero...

—Quiero que venga usted conmigo, que me explique...

—Perdone, pero yo...

Andreef, con una untuosa amabilidad, cogió suavemente por un brazo a Marya y la obligó a seguirle.

—Venga conmigo a aquella mesa... Me contará cómo ha empe-

zado la cosa... Quiero saber lo que pasó, para castigarles, si es preciso...

Marya, atemorizada, no pudo negarse a la galantería del general, y bien a su pesar, pues hubiera querido esconderse de todo el mundo, se dirigió con él a la mesa, sentándose junto al barón y en compañía de los otros oficiales, que la contemplaban con curiosidad...

* * *

Nikolai obligó al asistente a ponerse en pie, zarandeándolo con rudeza.

—¡Vamos, levántate ya! ¡Preséntate al cabo de guardia!

Borracho como una cuba, el soldado saludó y se alejó dando tumbo. Milagro sería si llegase al cuartel.

Iba Nikolai a reunirse con su tío, cuando vió en el suelo un monedero.

Lo recogió. Sería de aquella muchacha, a la que se le habría caído durante su pendencia con el soldado o con él.

Al tenerlo entre sus manos, sin-

tió la tentación de abrirlo, con esa curiosidad que inspiran las tarjetas femeninas.

Y en su interior descubrió, con la más extraordinaria de las sorpresas, un Carnet Amarillo.

Sus ojos relampaguearon de alegría. ¡Soberbio descubrimiento! ¡Ah! ¿Conque aquella muchacha que andaba con tantos remilgos, no era más que... una vendedora de amor?

¡Ja, ja, ja! ¡Y se había defendido con la vehemencia de una doncella virtuosa! ¡Ja, ja, ja! Pues era preciso demostrarle que él estaba enterado de su secreto... ¡No faltaba más sino que una poseedora del Carnet se negara a dejarse abrazar por un oficial!

Entretanto, el barón Andreef, súbitamente apasionado por aquella virgen de cabellos rubios, estremaba con ella su amabilidad.

—No se asuste, muchacha. ¿No quiere un cigarrillo?

—¡No, gracias!

Y sus ojos contemplaban al general y a los demás oficiales, en cuyas miradas adivinaba contenidos y brutales deseos. ¡Siempre así! ¡Siempre en todas partes lo

mismo!

—¿De modo que no fuma?

—No, señor.

El director de orquesta se acercó al general.

—¿Qué música tocamos, Excelencia?

—¡Ah! pues... Una que viene al pelo, ¿no? La canción de moda: "El soldado, el capitán y el general".

—Sí, señor.

—¿La conocen?

—¡Claro está, señor!

—Pues vayan a tocarla... ¿La ha oído usted nunca, jovencita? ¿No? Pues le gustará mucho... y, además, es apropiada a las circunstancias... Pero ¿no bebe usted nada?

—¡No, gracias! ¡Nunca!—exclamó con una timidez cada vez mayor.

—¿Y tampoco fuma?

—Ya le dije que no.

—¡Qué buena chica es usted!

Y rió insolentemente, mientras sus ojos lúbricos resbalaban como en una exploración tentadora por el armonioso cuerpo de la doncella.

Apareció Nikolai y con una

sonrisa maligna puso el monedero sobre la mesa.

—Perdone, ¿es de usted esto?

—¡Oh, sí, muchísimas gracias!

—¡No hay de qué!

Y Nikolai, al colocar el bolso encima de la mesa, dejó ver el Carnet Amarillo y miró al general.

Demudóse la faz de Marya. El barón, profundamente sorprendido, cogió el Carnet y lo leyó... Luego miró a Marya, cuya expresión era de angustia.

¡Qué chasco se llevaban con aquella muchacha! ¡La que creían una chica decente y tímida les resultaba la cosa peor!... Todos los demás oficiales miraban también con malsana curiosidad el Carnet y apenas podían aguantar su risa.

El general, lentamente, mientras Nikolai, de pie detrás de Marya, se reía, exclamó:

—¡Ah, caramba! Veo que lleva consigo una de mis tarjetas... Sí... sí... Ese es mi nombre... La estampilla con mi nombre, Igor Andreef. ¡Yo... soy yo! ¡Bien... bien! Pues no sabía...

—¡Por favor! —suplicó con acento trágico la infortunada.

—Y no diría nadie lo que eres,

¿eh? ¡Ja, ja, ja! Y oye, empiezan a cantar la canción. ¡Estupenda! ¡Estupenda! Apropiadísima. "El soldado, el capitán y el general"... ¿Cuál de ellos te gusta más, muñeca? ¡Ja, ja, ja! ¡Qué chasco nos diste! ¿Verdad, Nikolai?

—¡Verdad, verdad!

Las risas eran sardónicas y se habían contagiado a todos los oficiales. Sonaba la música y las risas eran también como una música infernal.

Roja como la grana, con los ojos humedecidos por el llanto, la pobre mujercita recogió el Carnet y el monedero y escapó de allí, perseguida por las carcajadas de aquellos hombres que creían haberse hallado ante una burda comediante.

Huyó lejos, lejos, temiendo a cada instante ver aparecer aquellas gentes odiosas. Pero éstas se hallaban muy bien en el restaurante, bebiendo entre risas innobles, mientras el general Andreef murmuraba, acariciándose su flacio bigote:

—¡Vaya con la niña! ¡Y yo que la creía poco menos que una co-

legiala! ¡Ja, ja, ja! ¡Las mujeres! ¡Incomprensibles! ¡Las conozco y como si no!... ¡Ja, ja, ja!

Y las risas eran un himno insultante que parecía llegar a los oídos de la pobre muchachita que huía del parque, llena de terror.

Habían transcurrido varias semanas. Marya pudo encontrar por fin una colocación como viajante en una casa extranjera donde no la exigieron demasiados informes para entrar.

Y aunque quincenalmente y con el mayor secreto tenía que presentarse a la policía, ya tenía con que vivir de una manera honrada y decente. Y escribió a su abuelo:

...Por fin hallé colocación en una casa alemana, viajando perfumes de lujo. El salario no es mucho. Pero por ahora es suficiente para vivir sin ayuda de usted y madre.

Me costean los gastos de viaje y puedo permitirme tomar sleeping para los recorridos largos. Ahora estoy en Moscú y después me volveré a San Petersburgo.

El abuelo leyó aquella carta a la madre y ambos, bien ignorantes de las peripecias vividas por la muchacha, sonrieron ante la idea de que la jovencita se abriera un camino más venturoso y amplio que el que tenía junto a ellos.

—¡Dios la bendiga!—murmuró la madre.

Y se apresuraron a contestar a la joven dándole atinados consejos...

Marya, después de haber realizado varias importantes ventas en Moscú, se disponía a marchar de nuevo a San Petersburgo.

Su carácter había cambiado, se había forjado en su lucha con el destino y había adquirido ahora una serenidad mayor, una decisión de muchacha que ha de combatir sola para vencer.

En la estación tuvo que presentar—¡ah, ésta siempre era la parte más dolorosa y cruel!—el Carnet Amarillo.

Los funcionarios sonrieron con esa sonrisa maliciosa y provocativa que inspiran las cortesanas.

—¡Bien! Ya veo que se ha presentado usted a la policía. ¡Per-

fectamente! Todo en regla. Puede usted partir...

Con los ojos bajos, volvió ella a guardarse el Carnet y siguió a un empleado del tren que había recogido su equipaje y la miraba de reojo.

Llegaron al andén y subieron a un departamento de coche-cama. El mozo murmuró al oído del empleado del vagón:

—¡Carnet Amarillo!

—¡Ah!

Y con malsana curiosidad contempló a aquella linda mujer que se había sentado recatadamente. ¡Pues no parecía lo que era!

Eran las nueve de la noche. El tren iba a partir de un momento a otro.

Instantes después entró el mozo de equipajes trayendo varias maletas y poniéndolas en la otra red del mismo departamento.

El tren comenzaba a marchar.

Marya alzó los ojos sorprendida.

—Oiga, ¿es de un caballero este equipaje?

—¡Sí!—contestó sonriente—. Usted tiene sólo una cama, ¿no es eso? La otra está ya adquirida.

—Me dijeron que el tren no iba lleno... Comprenda... yo no puedo estar aquí...—exclamó con el espanto de tener que pasar la noche en el coche-cama con un hombre.

—Vaya, vaya... no se alarme tanto—repuso el mozo, pareciéndole absurdos aquellos remilgos en una mujer de tal clase.

En aquel momento apareció un joven alto, elegante, delgado, tipo extranjero, inglés tal vez.

Al ver allí a una señorita, miró con extrañeza al mozo de equipajes:

—Mozo, aquí debe haber un error.

—¡Oh, no, señor! Le corresponde exactamente este sitio.

—Bien, ¿dónde está el revisor, guardia, o como le llame usted?

—Veré si le puedo encontrar por ahí, señor.

—¡No tarde!

Desapareció el mozo y entonces el desconocido contempló a Marya que se mostraba nerviosa, cerrando y abriendo el monedero con impaciencia.

—¡Perdone usted!—le dijo el joven con amabilidad que sorpren-

dió a Marya—. ¿Me permite que me siente un momento hasta que venga el revisor?... Veré entonces qué puede hacerse.

Ella hizo una leve inclinación de cabeza, asintiendo, y el joven tomó asiento ante Marya. Durante un instante se observaron mutuamente en silencio. El encontró de perlas a aquella muchacha rusa, y a Marya no le pareció desagradable aquel hombre joven de exquisitos modales.

Entretanto el mozo de equipajes buscaba por el pasillo al revisor.

Habló con uno de los viajeros, un comerciante griego.

—Aquel señor me dijo que buscara al revisor porque desea cambiar de sitio.

—¡Qué cosa más extraña!—exclamó el súbdito helénico—. Pues he visto la muchacha que está con él. ¡Es muy bonita!

—Y tiene Carnet Amarillo.

—¿De veras? ¡Albricias, mozo! Hágame el favor de trasladar mi equipaje a aquel departamento. Ocuparé el sitio de ese incomprendible señor que no quiere

pasar la noche con mujer tan preciosa...

—Yo creo que es un inglés. Excéntrico como la mayoría de ellos.

—Bien... bien... Ayúdeme a recoger mis maletas.

Y mientras lo hacían, el joven de porte inglés contemplaba tiernamente a Marya que no había vuelto a despegar los labios... De pronto, con gentileza exquisita, él interrumpió el silencio.

—Todo el mundo en Rusia tiene miedo de hablarse el uno al otro. En mi patria puede uno hablar sin temor de que le hielen con la mirada.

—¡Oh, siento haberle helado!

—¿Y de qué tienen ustedes miedo?

—De todo. Hay mucho que temer en Rusia...

—¿Se refiere usted a la policía secreta?... Llevo aquí unos dos meses y no he visto ni señales de esa policía.

—Ya me imagino que no lo ha visto usted todo, señor Rolf—agregó con fina sonrisa.

El la miró con agradable extrañeza.



—...ningún judío puede salir de nuestro barrio.



—¿Por qué lloráis? ¿Qué pasa?



— Supongo que no querrás un Carnet como el mío...



— ¿Qué es lo que esperas? —



— Era bueno, honrado, santo...



...vio a aquella mujer sola...



— ... lleva consigo una de mis tarjetas.



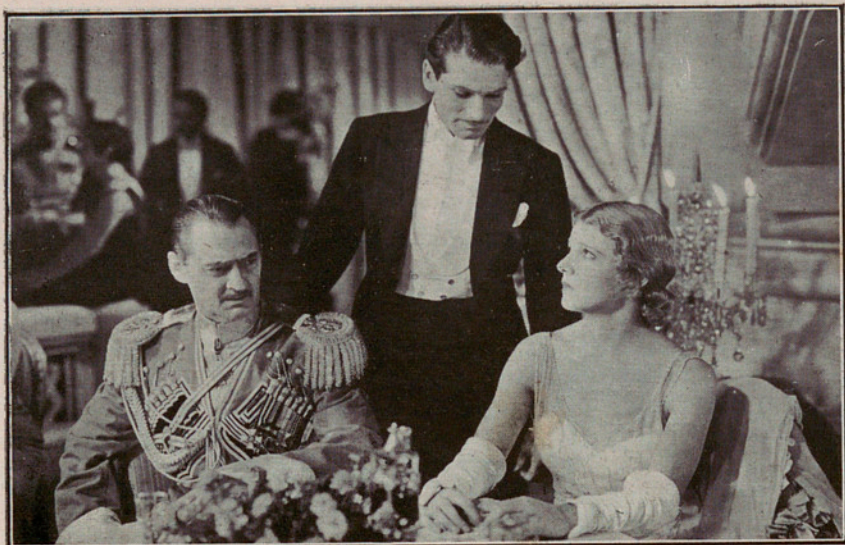
— ¿Puedo saber algo de usted?



— Ya veo que se ha presentado usted a la policía...



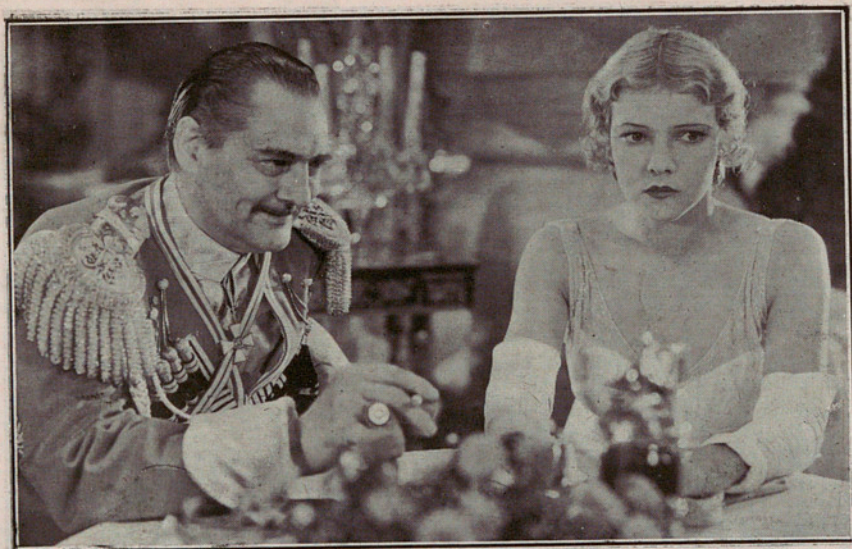
— Oye, ¿qué dices de esto?



— Debo intentar comunicar con mi periódico..



— Debí confesarte algo y ahora tengo miedo..



— Aplando su deseo de mejorar de situación..



— .. pienso que eres una mujer maravillosa...



— Su pasado no es turbio. No es lo que usted piensa.



— ¡Me ha espiado usted!

E L C A R N E T A M A R I L L O

—¿Cómo sabe usted mi nombre?

—Está en su equipaje.

El inglés levantó la cabeza y vió en efecto sobre una cartera de piel el nombre de Julio Rolf.

—Es usted muy observadora.

—Usted es Julio Rolf, escritor, ¿no?

—Sí, soy Julio Rolf, un pobre periodista. Pero ¿cómo sabe usted de mí?

—Porque leo sus artículos.

Aquella desconocida comenzaba a interesar al escritor.

—Dígame, ¿qué ha querido decir usted antes con eso de que hay muchas cosas que aun no he visto?

—Porque sus artículos indican que sólo vió usted la parte de Rusia que el Gobierno quiso enseñarle.

—Tal vez sea verdad.

Se interrumpieron al ver llegar el mozo de tren.

—¡Querido señor! El revisor ha conseguido para usted otro departamento.

—¡Oh, muchas gracias!

Pero entonces vió que el mozo colocaba en la red otro equipaje...

Un caballero calvo, de mediana

edad, sonriendo torpemente, se sentó ante Marya.

Marya le contempló con inquietud y Julio, levantándose, exclamó:

—¿Qué hace este señor aquí?

—Mi nombre es Zaphiropoulos, de Grecia.

—Y el mío es Julio Rolf, de Londres.

—¡Tanto gusto!

—El señor ocupará su sitio—dijo el mozo.

Marya lanzó una mirada de angustia a Julio Rolf como pidiéndole protección contra aquel peligro, y el escritor inglés indicó:

—¡Ah, no, no! Lo siento, pero aquí no entrará nadie más. Yo compraré otro billete y la señorita ocupará este compartimiento sola.

—Pero la señorita quizás no quiera estar sola...—dijo el griego envolviendo a Marya en una mirada libidinosa.

Ella bajó los ojos con el temor de que pudieran haber descubierto su personalidad. Julio sintió como propia la ofensa inferida a la viajera.

—¡Dispense un momento!—exclamó.

Y descolgando el equipaje del impertinente lo dejó en el corredor.

El griego se levantó enfurecido.

—Pero el revisor dijo que...

—Sólo llevo unas semanas en el país, pero ya tengo aprendido este proverbio: A un gitano le pega un polaco, a un polaco un ruso, pero a un griego, cualquiera.

Y cogiéndole por las solapas lo sacó al pasillo y sin más preámbulos le dió un puñetazo de padre y muy señor mío.

Sonriente, como si nada hubiese ocurrido, mientras el mozo se alejaba no queriendo ser víctima de las iras del periodista, éste volvió junto a Marya.

Le envolvió ella en una mirada de honda gratitud, de profunda simpatía. Por primera vez encontraba en su paso por la vida un caballero.

—¿Se ha hecho usted daño?

—Un poco, pero peor le ha ido a él.

—Espéro que no sea nada serio—dijo mimosa.

—¡Oh, no!

—No sé cómo agradecersele.

—No tiene importancia. Me divirtió. Si alguna vez le molestara algún hombre, no vacile en acudir a mí.

—No digo eso. Le doy las gracias por conseguirme este departamento para mí sola.

—Era mi deber hacerlo... ¿Pero me permitirá usted que me quede a charlar un minuto?

—Por supuesto.

Y se sentía complacida de aquel compañero de viaje tan amable, tan gentil cuando ella creía ya que la gentileza había desaparecido de los hombres.

—Usted ya sabe quien soy yo—dijo Julio—. ¿Puedo saber algo de usted?

—¿Por qué no? Mi nombre es Marya Kalish.

—¡Bonito nombre!

—Y viajo por cuenta de una perfumería alemana.

—¡Ah!, ¿trabaja usted?

—Sí, señor.

—¿Y qué tal le va?

—No me quejo. Es más fácil vender perfumes que vender jabón.

—Tiene usted razón. Y dígame, ¿podría, querría usted ayudarme?

—¿Ayudarle?

—Sí. Estoy escribiendo artículos sobre Rusia para periódicos ingleses y norteamericanos. Pero no conozco a fondo Rusia, usted sí.

—Yo le diré a usted lo que pueda.

—Bien, pero a base de negocio, por supuesto... Como un empleo más.

—Eso no. No me lo permitiría. Tendré mucho gusto en decirle todo lo que sé.

—¿Me diría usted la verdad de lo que es Rusia?

—Puedo descubrirle de Rusia hasta sus mismas entrañas.

—¡Maravilloso! ¡Gracias, Marya, gracias!

Llamaron para ir al vagón restaurante, y los dos, sintiendo una repentina y verdadera amistad, fueron a cenar juntos.

Después Julio se dirigió a su nuevo departamento despidiéndose de Marya hasta la mañana siguiente.

Marya concilió prontamente el sueño, pero en su imaginación vió muchas veces flotar la imagen de aquel impecable inglés, prototipo

ideal de su raza de caballeros... Y, por su parte, el escritor no pudo dormir hasta muy tarde, desvelado por el grato recuerdo de aquella dulce rusa que parecía estar dispuesta a darle tan sugestivas informaciones... ¡Magnífico! ¡Estaba de suerte! Una información ideal por una mujer también ideal...

Algún tiempo después, cierta mañana, el mayordomo Boris entraba en la habitación donde acababa de despertar en mullida cama, después de una noche en agradable compañía, el vicioso barón Andreef, con el desayuno de éste.

Indolentemente el barón tomó su medicina y su taza de café matinal.

Instantes después entró el capitán Nikolai, quien, entregándole un periódico, dijo a su tío:

—Buenos días. Oye, ¿qué dices de esto?

Andreef, soñoliento, leyó:

Nueva Rusia. El Carnet Amarillo. Voy a relatar a mis lecto-

res americanos una historia bárbara y tiránica de vicio y corrupción policíacas.

—¡Ah!—dijo agitando nerviosamente el diario—. ¡Esos artículos de Julio Rolf me estorban!

—¿Quieres que lo mande traer oficialmente a tu presencia?

—¡Oh, no... claro que no! ¡Qué estúpido eres!

—¿Por qué no?

—Suponte que él rehusa dejar de escribir sus artículos... Suponte que rehusa cambiar de tono...

—¿Y qué?

—Pues que entonces podemos tener un conflicto diplomático... Y no nos conviene, no nos conviene.

Miró súbitamente al mayordomo que estaba junto a él.

—¿Qué miras tú?—le dijo carraspeando—. ¡Ah, si hubiera uno en San Petersburgo que tuviera un gramo de cerebro! ¡Vete de aquí, Boris!

—Yo no acierto a comprender lo que ocurre—dijo Nikolai—. Rolf era antes más moderado, más prudente en sus artículos.

—Estoy convencido de que una mujer está en el fondo de todo esto.

—Y yo también.

—¡No cabe duda!... ¿Quién sino una mujer conoce una prisión con todos estos detalles como la que describe el artículo? No me cabe duda. Ha de ser alguien que haya estado allí... No adivino quién pueda ser. Pero ya lo averiguaremos...

Días más tarde Marya había ido al despacho del escritor Julio Rolf.

Desde aquella noche en el tren, se habían hecho muy amigos. Una vivísima simpatía unía a los dos jóvenes, una simpatía que comenzaba a convertirse en algo más hermoso...

Julio Rolf, un verdadero caballero, trataba a Marya con la más exquisita de las atenciones.

Ella, con generosidad, le informó al principio de cuanto sabía respecto de las cárceles, del Carnet Amarillo, de la brutalidad del despotismo oficial. Eludió con discreción y miedo todo cuanto pudiera relacionarse con ella. ¡Ah, si algún día Julio supiera que ella era poseedora de un Carnet Amarillo, estaba segura de que se moriría de vergüenza!

Por eso, a pesar de que algunas veces su corazón de mujer había sentido por Julio algo más que amistad, procuraba acallar y asfixiar esta nueva emoción. Nunca podría ser la novia de Julio ni de nadie. Por amor filial sacrificó su honor poniendo su nombre en uno de aquellos odiosos carnets, verdaderas sentencias de muerte moral.

Ahora, transcurridos dos meses desde que había conocido a Julio, era ya como su secretaria. Como ella conocía la taquigrafía, el joven periodista le dictaba sus artículos y correspondencia.

Julio Rolf, sonriente, dictó aquella tarde a su amiga una carta.

Al Director de la Cosmopolitan Press.

Querido Sr. Hanan: Celebro que gusten mis artículos. En mi próximo describo la actuación de la policía contra los judíos. Esto armará ruido y los hechos son irrefutables.

Se interrumpió y sonriendo dijo a Marya:

—No me mire usted así... Se me van las ideas...

—¡Oh, lo siento mucho!—contestó riendo—. Siga.

—Nada más. Esto es todo por hoy. Excepto que... Continúe: "Marya Kalish, que escribe esta carta, tiene las manos más lindas que he visto."

—¡No sea usted tonto!

—Usted tiene la culpa.

—¿Son todos los ingleses iguales?

—¡Pues claro que no! Soy único, extraordinario, casi un premio de la lotería.

—Bien. Cuando no bromea usted, acabaremos esta carta.

—Ahora el final. Ponga: "Suyo afectísimo"... y demás tonterías.

—Muy bien, escribiré "y demás tonterías".

—¡Bravo!

—Su director debe estar muy contento de su trabajo, ¿verdad?—preguntó mirándole cariñosamente.

—¡Figúrese! La información que usted le ha dado es, en efecto, sensacional.

—Pero usted la ha escrito.

—Cualquiera la hubiese escrito con sus informes. Oígame usted. Mis editores de América me hacen

una gran oferta por mis artículos... Sepa que la mitad es de usted...

—¡No, señor! No acepto nada, absolutamente nada.

—¿Que no? ¡Vaya si lo hará, Marya! ¡Ah! Si pudiera poner orden en esa cabeza y pudiéramos casarnos, quedaría el dinero en la familia.

Repentina tristeza se apoderó de Marya. ¿Por qué insistía él sobre aquel tema al que no podría acceder nunca?

—¡Julio!—exclamó con melancolía—. Me prometió usted no volverme a hablar más de eso.

—No puedo... ¡No puedo! ¡Quiérame! ¡Como la quiero desde aquella noche en el tren!

Se habían levantado. El estrechaba las manos de Marya con suavidad. ¡La quería! La adoraba con un amor honrado y puro...

—Julio... no... ¡no! Piense...

—Pero ¿por qué no?... Espero saber qué es lo que no le agrada de mí para ver si puedo enmendarme. Dígamelo al oído.

¡Cómo sufría la pobre joven! ¡Ah, maldita vida, maldito Carnet! Si no fuera ese estigma cruel que

la señalaba para siempre, ¡con qué alegría accedería al cariño de Julio! Le amaba, le amaba con toda su alma. Pero ¿cómo poder corresponder a ese amor? ¡Si Julio, cuando supiese la verdad, se apartaría de ella como de una apesadada!

—Vamos, dígame qué defecto me encuentra.

Ocultando la pena de su corazón la joven sonrió y le murmuró al oído:

—No me desagrada usted.

El, feliz ante aquellas palabras, aplicó los labios al oído de Marya y le dijo a tiempo que le daba un beso en la fresca mejilla:

—Entonces, ¿por qué no me quiere?

—¡Oh! ¿Qué hace? ¡Besarme, no... no!

—¡Marya! ¡Te quiero! ¡Te quiero!...

Pretendía estrecharla contra su corazón, pero ella, temblorosa y lívida, le rechazaba.

—¡No, Julio, no! ¡No, Julio!

El la miró sorprendido de su inquietud y se apartó unos pasos.

—Marya, no te pongas así...

No intento hacerte daño... Perdóname.

Marya le contempló dulcemente. Olvidó en aquel instante su pasado, la historia triste que le impediría la felicidad. Se sintió toda corazón, toda mujer, deseosa de ser amada y de amar... Y sin decirle nada, abrazó a su amigo y le besó en los labios, con un fuerte, absorbente beso, que quería ser de olvido e inmenso amor.

Llamaron. Ella se separó aturrida... Entró un criado.

—Señorita Kalish, vino un policía poco antes de que usted llegara. Dijo no sé qué de un informe.

Una palidez mortal cubrió las mejillas de Marya. ¡Era el aviso, la advertencia, el terrible presagio de que era inútil pretender ser feliz!... Seguramente la policía la buscaba para que fuese a someterse al reconocimiento...

Turbadísima, exclamó:

—¡Oh, sí! ¡Ya sé... ya sé!... ¡Gracias!

—¿Un informe?—dijo Julio—. ¿Qué será?

—Nada. Una formalidad ob-

cial. Nada grave. Es mejor que vaya en seguida.

—¡Diablo! En Rusia no se puede respirar sin permiso de la policía.

—Acabaré eso luego, más tarde... No tardaré.

—¡Un momento! ¡Iré contigo!

—¡No... no!

—Pero ¿por qué?

—Iré sola.

Y había tanta angustia en sus ojos que el joven no se atrevió a insistir.

—¡Muy bien! No me mezcle en tus asuntos, mujer misteriosa... Y no olvides que salimos esta noche.

—No lo olvidaré.

Y partió rápidamente mientras Julio, sin dar demasiada importancia a aquella salida—¡ah, pobres rusos, siempre temiendo a la policía!—pensó en que Marya le adoraba y en que pronto se casaría con ella.

Se irían lejos, fuera de esta Rusia de miseria y de orgía en que gozaban los menos y sufrían los más.

Noches después en uno de los más lujosos restaurantes de la capital, se hallaban cenando el barón Andreef y su sobrino Nikolai.

La sala aparecía radiante... Las luces embellecían aún más a las hermosas mujeres enjoyadas.

—¿Crees tú que vendrán?— preguntó el barón paseando su mirada por la sala.

—Dicen que vienen casi todas las noches. Me han informado unos agentes.

—¿Y quién es ella?

—Su secretaria.

—Y también su amiguita, ¿no?

—¡Seguramente! ¡Ah, míralos, ahí están por fin!

Vieron avanzar a la pareja que formaban Marya y Julio Rolf. Este vestía de frac y ella lucía un suntuoso vestido blanco.

Marya aparecía sonriente; no quería analizar demasiado su existencia... Había contado a Julio que la llamada de la policía era debida a la necesidad de que ella revisara su pasaporte, él creyó aquella explicación y la judía se

entregaba a ojos ciegos al destino. Amaba al escritor y quería olvidar su pasado con una ingenuidad de niña.

Andreef sonrió al ver desfilas a la pareja.

—¡Muy atractiva ella! Creo, Nikolai, que la he visto antes.

—No me sorprendería. Hay pocas mujeres guapas que tú no hayas visto.

—No recuerdo dónde la he visto. Pero ya vendrá a mi memoria.

—No eres mal fisonomista... Yo en cambio no recuerdo casi a nadie...

El escritor y su secretaria ocuparon una mesa donde estaba el embajador de Inglaterra con su señora esposa.

Cambiados los saludos de rúbrica, Lady Mortlake, la esposa del embajador, dijo a Julio:

—Precisamente en este momento hablábamos de usted, de su último artículo.

—Sí, su información sobre la policía y el vicio legalizado, es muy atrevida—indicó el diplomático.

—Pero es cierta.

—No lo dudo, mas tenga usted cuidado.

—Supongo que un pediodista inglés no correrá peligro...—dijo Marya.

—¿Que no? Nadie está seguro en Rusia. Usted es rusa y debe saberlo—dijo Lord Mortlake.

—¡Es verdad!

Y por sus ojos pasó una sombra de inquietud.

—Cuidado, Roberto—dijo Lady Mortlake a su marido—, el barón está allí en aquella mesa.

—¡Sí, es cierto!

Disimuladamente se volvieron y vieron al director general de policía y a su ayudante. Y Mary sintió entonces, al reconocerles, un escalofrío mortal.

¡Ellos, ellos, los de aquella tarde en el restaurante, los que descubrieron que tenía el Carnet!... Sintió de repente ganas de llorar. Había sido una loca al creer hacía poco que podría morir su pasado.

El barón no había cesado de observar a Marya y dijo a su sobrino:

—¡No me cabe la menor duda! La he visto antes. Y ¡hum! ella me mira, parece que también me

conoce... Anda, vamos allá y saludaremos al embajador.

—Me encantará bailar con Lady Mortlake.

Llegaron a la mesa vecina. El embajador y Rolf se pusieron de pie.

—¡Buenas noches, señores!—dijo el barón, mirando especialmente a Marya.

—¡Excelencia! ¡Capitán!—saludó el embajador—. Les presento a Miss Marya Kalish y al señor Julio Rolf... ¿Quieren sentarse con nosotros?

—¡Gracias, gracias!...

Nikolai, que, como él mismo había asegurado, no recordaba casi nunca ninguna fisonomía, no se fijó demasiado en Marya y, saludando cortésmente a la embajadora, le suplicó:

—¿Me concede el honor de este baile?

—¡Encantada!

La pareja desapareció, y el embajador hizo sentar a su lado al general.

Marya tenía que esforzarse por sonreír, por evitar los intensos latidos de su corazón emocionado.

Varias veces creyó que las cosas giraban ante ella.

Sonriente, el general, después de beber una copa de champaña, dijo con su antipática voz:

—Míster Rolf es el muy conocido autor inglés corresponsal de la prensa americana, ¿verdad?

—Sí, pero apenas si soy conocido.

—¡Oh, sí, muy conocido!... Yo jamás me olvido de leer sus artículos.

—Siento que los haya leído, barón—dijo Julio con una fina y diplomática sonrisa.

—¡Ah, ah! Al empezar era usted siempre muy considerado con nuestro Gobierno. Y de pronto cambió... ¿Quién ha envenenado sus artículos?

Su voz se esforzaba por aparecer amable, pero no podía evitar un tono de amenaza.

De vez en cuando Andreef miraba a Marya que desviaba la vista como si estuviese distraída en la contemplación del baile. Pero sus manos blancas y finas se crispaban bajo el mantel.

—¿Quién ha envenenado sus artículos?—agregó el barón.

—Nadie. Sólo he relatado hechos—contestó serenamente Julio.

—¡Bien! ¡Es igual! Aceptamos su censura sin resentimiento, pero... hasta esta noche.

—¿Hasta esta noche?

—Sí. Ciertas noticias hay que alteran nuestra actitud. Inglaterra y América deben servir nuestra causa en el futuro... Nos hace falta ayuda, crédito... Nos amenaza una guerra, míster Rolf.

—¿Lo cree usted?

—Pero ¿no saben ustedes lo que pasó esta tarde?

—¿Qué pasó?—dijo el embajador, sorprendido.

—¡Austria ha declarado la guerra a Servia!

—¿Es verdad?—dijo el embajador—. ¡Y no me han notificado nada!

—No sé por qué razón el Gobierno austriaco guardó el secreto. Nuestro Gobierno no lo ha sabido hasta hace una hora.

El embajador, dando muestras de impaciencia, se levantó.

—Su Excelencia debe excusarme. Pero debo telefonar a la Embajada en seguida.

—¡Comprendo!

Desapareció el embajador, y Julio, poniéndose en pie, dijo, no queriendo desperdiciar la ocasión de obtener un éxito periodístico:

—¡Perdóname, Marya! Debo intentar comunicar con mi periódico... Con su permiso, Excelencia. No tardaré.

—¡No faltaba más!

El general se levantó y vio alejarse al escritor. Sus ojos, fríos y hundidos por el vicio, contemplaron a Marya.

Vaciló el barón unos momentos, pero luego dijo con una gran reverencia:

—¿Puedo sentarme?

—¿Cómo no?—repuso ella con sencillez.

Andreef se sentó a su lado y, mientras encendía un cigarrillo, comentó:

—¡Ah! Yo creo que la he visto a usted antes...

Marya, muy pálida, respondió:

—Alguien que se parecerá a mí.

—¡No, no! Yo nunca olvido una cara. Mucho menos una cara preciosa.

El general se esforzaba en recordar.

—¿Cuánto hace que está de secretaria con el señor Rolf?

—Pues hará unos... dos meses...

—Dos meses, ¿eh?

En aquel instante se descorrieron las cortinas de un pequeño escenario que había en el fondo del salón y comenzó un cuadro de revista. Era la escenificación de un cuplé de moda, de éxito inmenso, titulado "El Soldado, el Capitán y el General".

El asunto era el siguiente: Una linda muchacha era sorprendida sola en un jardín por un soldado. Este pretendía conquistarla, pero llegaba un capitán y eliminaba al soldado, para conquistar él a la muchacha, pero no le salía bien la combinación, pues aparecía un general y éste eliminaba al capitán, conquistando para sí a la muchacha.

Al terminar el gracioso número, el barón no pudo contener su satisfacción, al recordar de dónde conocía a Marya. Y rompió a reír escandalosamente.

—¡Por favor!—suplicó ella.

—¡Ya, ya sé dónde la vi a usted

antes!... "El Soldado, el Capitán y el General!" Ya sé...

—¡Por favor!

Sus manos se retorcián con angustia, en sus ojos había lágrimas.

Andreff contemplaba lúbricamente a aquella criatura a la que ahora recordaba bien.

—Supongo que mister Rolf sabe cuál ha sido la vida de usted.

—¡No, pero lo sabrá esta noche!—repuso con noble dignidad.

—Jovencita, que no sea motivo nuestro encuentro de su confesión a él. Aplaudo su deseo de mejorar de condición, de olvidar su pasado...

Y la seguía asaeteando con su mirada cargada de malos pensamientos.

—¡Olvidar el pasado!—dijo Marya con una voz muy triste—. ¿Puede una mujer con el Carnet Amarillo olvidar el pasado? Somos una clase aparte, confinada. Y nos tratan como si fuéramos animales. No hay más salida que la muerte o la vejez.

—¡Bravo! ¡Espléndido!—dijo el general aplaudiendo torpemente—. Ya sé ahora de dónde nacen esos brillantes artículos. Le ase-

guro a usted que estoy muy conmovido. Sí, créame. Ahora la policía no le molestará. Se lo puedo asegurar. Voy a darle mi tarjeta. Si la molestan de nuevo, no tiene más que enseñar esto. Ya ve que deseo su amistad.

Puso en sus manos una tarjeta.

—¡Gracias!—dijo ella sin demasiada confianza en las palabras del barón.

—Le hablo con toda sinceridad.

Pero al propio tiempo su mirada lujuriosa, sus labios lívidos y llenos de un temblor malsano parecían desmentir aquella afirmación de generosidad.

Julio volvió en aquel momento, pero para recoger a Marya, ya que debían partir inmediatamente.

Se despidieron del barón; y, mientras se alejaban, Andreff contemplaba con delectación la figura delicada y espiritual de Marya. ¡Ah, magnífico hallazgo que él no estaba dispuesto a dejarse perder!

Marya y Julio saludaron a Lady Mortlake, que estaba hablando en un grupo con unos amigos, y se alejaron rápidamente.

El barón, encendiendo un ciga-

rrillo llamó a Nikolai, su ayudante, y le dijo algo en voz baja.

El capitán Nikolai marchó en automóvil a jefatura de policía y allí estuvo hablando con Bolikov, agente secreto.

Julio acompañó a Marya hasta la pensión donde ella vivía. Al abrir la puerta encontró una carta.

—¡Una carta de casa! Letra de mi abuelo...

Entraron en la habitación. Marya se dejó caer, fatigada, en un sillón. Fatigada más espiritual que físicamente... La entrevista con el barón Andreff le había hecho comprender que no podría ocultar su secreto... Era preciso explicárselo todo a Julio.

El escritor se había sentado ante ella y decía con dulzura:

—¿Cansada?

—¡Oh, sólo un poco!

Cerró los ojos.

—¿Qué te pasa? ¡Di! Pareces preocupada.

—Nada, que soy una cobarde—contestó, decidiéndose de una vez a decir el secreto de su corazón—.

Debí confesarte algo y ahora tengo miedo.

—¿Es algo sobre... el barón Andreff?

—En cierto modo.

—Noté que te molestó bastante volverle a encontrar.

Marya se levantó y fué a sacar del cajón de su secreter una cartulina.

—Mira.

Y con inmensa amargura entregó al joven el Carnet Amarillo.

Julio, pálido y sorprendido, leyó el documento.

—¿Carnet Amarillo? Marya Kalish... Pero...

El golpe había sido intenso. Por un momento no pareció reaccionar de él, y quedó aplanado, sin saber qué decir, rota su inteligencia y su corazón.

Marya se dejó caer en el asiento y, angustiada, murmuró lentamente, como el reo que realiza la confesión que ha de condenarle a la pena capital:

—¡Sí, el Carnet! Yo sé que las mujeres de la calle tienen siempre una historia que contar para explicar lo que son. Mi historia es más tonta que la de ellas. Yo misma

fuí a pedirlo para poder ir a ver a mi padre... que se moría.

Calló. Reinaron unos momentos de silencio, sólo turbados por el rumor del reloj, que señalaba aquellos penosos segundos.

—¡Ya... ya veol!...—dijo Julio con la cabeza hundida sobre los hombros, la expresión desmayada, de hombre vencido.

—No espero que vayas a creerme. No me creerá nadie... ¡Sólo Dios!... ¡Por El lo juro!

Julio miró a la que era su novia, a la mujer con quien había pensado casarse. Y vió en su porte tanta nobleza, en sus ojos tanto dolor, en su alma tanta sinceridad, que, recobrando instantáneamente la confianza que en aquella mujer había perdido por unos instantes, le dijo con ternura, abrazándola:

—¿Cuándo nos casamos, Marya?

—¡Oh, Julio!

Y entre sollozos, lágrimas y suspiros, le contó toda su odisea, desde la hora triste en que adquirió el Carnet. Su calvario, que no había terminado aún, pues quincenal-

mente tenía que presentarse a la policía.

No sabía, la pobre, que en aquellos mismos momentos había llegado a la pensión el agente Bolikov, que rondaba por el pasillo en espera de que la joven quedase sola.

Cuando Marya acabó el relato de su tragedia, él, alma de artista, conmovido ante aquel espantoso dolor humano, la besó y dijo:

—Marya, porque has sufrido todo lo que tú has sufrido, pienso que eres una mujer maravillosa.

—Te casarás conmigo, ¿verdad?, y huiémos de este maldito país.

Marya temblaba aún; le parecía imposible que Julio llevara su generosidad hasta el extremo de no retroceder ante lo que sabía. ¡Qué alma tan hermosa la suya!

Y accedió, llena de emoción, a ser su esposa cuando él quisiera.

—¡Gracias, mi bien, mi niña! ¡Me voy ahora! Es muy tarde y tengo aún que escribir. Mañana, cuando venga por la mañana, arreglaremos lo de nuestra boda.

Cambiaron un nuevo y fuerte

beso, y Julio abandonó la habitación.

Marya, feliz como nunca, sintiéndose amada como nunca, abrió la carta del abuelo. Empezó a leer. Estaban todos bien.

En seguida llamaron a la puerta. Creyó Marya que era Julio que se había descuidado algo... Abrió sonriente.

Pero retrocedió bruscamente al ver ante ella a un desconocido que empujaba la puerta.

—¡Oh!, ¿quién es usted? ¿Es usted policía?

—¡Sí, corazón!—dijo Bolikov, sonriente y mirando picarescamente a la que le habían dicho era poseedora de un Carnet Amarillo—. Pero ahora y para ti, soy sólo Alexis Bolikov... ¡Vamos, echaremos un trago!... Traigo una botella de vodka conmigo.

Entró decidido en la habitación y se sentó en un diván, buscando en sus bolsillos un cortaplumas para abrir la botella.

—¡Márchese de aquí!

—¿Por qué? ¡Qué tonta y arisca eres! Vamos a beber. Tú beberás conmigo. Estás preciosa esta noche, chiquilla. No tengo nada

que hacer hoy, y me he dicho: ¿dónde pasarlo mejor que al lado de Marya?

La presencia de aquel grosero agente sublevó el alma de Marya. Entonces se acordó ella de la tarjeta que le había entregado el barón Andreef y de la promesa que éste le había hecho de que nadie la molestaría.

Sacó del monedero la tarjeta y se la entregó a Bolikov.

—¿Conoce usted esto? El barón Andreef me dijo que si alguien me molestaba, le avisase al instante.

Bolikov empezó a reír a carcajadas.

—¡Ja, ja, ja! Pero ¿qué estás diciéndome?

—¡Es cierto! ¿No va usted a respetar lo que el barón dispone?

—Conque verdadero amigo tuyo, ¿eh? ¡Bien! Pues vayamos ahora mismo a ver al barón, y sabremos si mientes.

—¡Oh, no! ¡A estas horas, no!

—Pues entonces me quedo aquí hasta que amanezca. ¡Es tan agradable tu compañía!

Devoraba con la mirada a Marya, sintiendo anhelos de besarla,

y ella tuvo miedo, el miedo a la soledad con aquel hombre.

—Pero ¿qué viene usted a hacer aquí?

—Ningún servicio oficial. Ya te lo he dicho antes. Nada más que a pasar contigo la noche.

—¡Oh, miserable! Bien, ya que no hay otra solución, sea... Vayamos a ver al barón, estoy segura de que él sabrá castigar su atrevimiento.

—Estoy convencido de que me dará libertad para hacer lo que quiera.

—Ya veremos.

Y aunque le tenía mucho miedo al barón, en aquel instante le impresionaba a Marya más la idea de tener que pasar la noche con aquel salvaje.

Se puso un abrigo de seda. Bolikov, sonriente, acarició atrevidamente uno de los brazos de ella.

—¡En marcha! Veremos lo que dice el barón...

Ella esquivó el contacto de aquel hombre, y los dos, tomando un automóvil, se dirigieron al palacio del barón Andreef.

El barón esperaba de un momento a otro la visita de Marya. La necesitaba; su sed glotona y sensual sólo podría calmarse saciándola sobre aquella belleza clara. Obligaría a Marya a que fuera suya, suya... De lo contrario, le haría sentir los efectos autoritarios de su ley. Porque ¿cómo pensar siquiera que ella osase resistir?

Deseoso de adquirir algunos informes de Marya, había telefonado a un médico de la Sanidad Pública.

—¡Bien, querido doctor! Muchas gracias por el informe que me da acerca de Marya Kalish... ¿Está usted convencido de que nunca practicó su profesión? Nunca, ¿eh? ¡Es particular!... Sí... sí dígame: ¿Está seguro de ello? Gracias... Es lo que quería saber, gracias... ¿Que cómo me encuentro? No muy bien del todo... Un poco de dolor reumático, pero, en fin, ya pasará.

Dejó el aparato, y le anunciaron que estaban Marya Kalish y

un agente. Les hizo pasar inmediatamente... Avanzó hacia ellos y saludó con falsa amabilidad a la joven.

—¡Oh, es una gran sorpresa... un gran placer!... Pero ¿no se sienta?

—No, gracias, barón... Si me he atrevido a interrumpirle es porque ese señor...

—Mi nombre es Bolikov, Excelencia—dijo el agente inclinándose—. Esta... señorita, que posee un Carnet Amarillo, me dijo que es amiga suya, y quise estar seguro.

—¿Y por qué dudó usted de sus palabras?

—Yo lo siento, Excelencia. Estaba libre esta noche y quise ir a verla...

—¡Ah! — exclamó el general con fingida cólera—, y usó de su posición como pretexto para insultar a esta señorita, ¿no es eso?

—Usted perdone, Excelencia.

—¡Largo... largo... largo!... ¡Preséntese al capitán!... ¡Queda usted arrestado!

Y había tanta energía, tanta ira en las palabras del barón, que el agente creyó por un momento si

habría sido engañado y si habría incurrido en algún error fatal.

—Pero, Excelencia...

—¡Oh, cálese!—le dijo el general—. Se ha portado usted como un necio. ¡Salga de aquí!

Pero al hallarse junto a la puerta, Andreef cambió la expresión de su rostro y, estrechando disimuladamente la mano del agente, le dijo:

—¡Muy bien!

—¡A sus órdenes, Excelencia!

Marya había descubierto el juego, gracias a un espejo.

¡Ah, el odioso general no era más que cómplice del agente! Todo había sido una comedia para atraerla a aquel lugar. Pero ¡cuán equivocado estaba el barón si creía que ella!...

Vió avanzar a Andreef y oyó como éste le decía sonriente:

—Idiotas así desacreditan nuestro departamento.

—¡Barón, me debo ir!—dijo con frialdad.

—Un momento, Marya.

—¡Muy ingeniosa esta comedia!

—¿Comedia? — exclamó Andreef, contrariado.

—No me crea tan estúpida como para creer lo contrario.

—No sé de qué me está hablando.

—Su espejo, señor barón, es muy útil.

Comprendió Andreef lo ocurrido, y lamentó aquel descubrimiento, pero, hombre que no estaba dispuesto a volverse atrás, manifestó:

—¡Bien!... Ya veo que es usted muy lista... Pero necesitaba hablar con usted un poco... Siéntese.

—Estoy mejor de pie.

—Siéntese, le digo...

La joven, nerviosa, obedeció y se desabrochó el abrigo de seda, dejando ver su suave garganta...

El barón, mirándola fijamente y sentándose ante ella, dejó caer estas palabras:

—Le advierto que esos artículos de Julio Rolf, tan estúpidos, deben cesar...

—Creo que esto es mejor hablarlo con míster Rolf.

—Usted es la causa de dichos artículos.

—¿Cómo puede usted probarlo?

—No hace falta probar nada. Es una ventaja del despotismo poder actuar sin tener pruebas.

—¡Sí... sí!... Actuaron también sin pruebas cuando encarcelaron a mi padre, cuando lo mataron a causa de los terribles sufrimientos que padeció en la prisión.

Andreef sonrió:

—¡Ah, su padre! ¡Sí! ¡Pues muchos padres morirán y más hijos morirán en la guerra que se prepara!... Pero algo debe vivir... ¡Rusia!

—No la Rusia que usted encarna, barón.

—Y por tal razón, esos artículos de Rolf deben cesar aunque le cueste a él la vida... aunque le cueste a usted la vida — agregó con terrible acento.

Marya se levantó indignada, herida en su amor.

—Si toca usted a Julio Rolf...

—No, si le toco, su gobierno puede que proteste... Por eso es más inteligente tratar con usted.

—No quiero dar un solo paso para obligar al silencio a Julio Rolf.

El barón la contempló con ira... Se daba cuenta del cariño que

aquella mujer sentía por el periodista. Pero dispuesto a que nadie desobedeciera sus órdenes, y a hacer sentir a todo el mundo el peso de su autoridad, se acercó mucho a Marya y, devorándola con sus ojos lúbricos y crueles, dijo:

—¡Ya veo!... ¡Usted es muy bonita... muy bonita! Me recuerda a una mujer que envié a cumplir condena a las minas de azogue... La vi años más tarde... Su faz hecha arrugas como un pergamino... Y sus dientes... tenía muy bonitos dientes... como los suyos... y los perdió... sí., ni uno sólo le quedó... Estaba espantosa, repulsiva...

—¡Oh!—contestó ella con acento de horror, apartándose unos pasos, como si ya se viera en unas minas parecidas, perdidos sus dientes, destruída su belleza y su juventud por el costoso trabajo. ¡Oh, qué mundo y qué hombres!

—Sí... sí... yo puedo hacerlo...

Entró el criado Boris, entregando una tarjeta al barón. Este leyó el nombre de Julio Rolf.

Una sonrisa cruzó por su rostro. Miró a Marya y le dijo:

—Perdóneme un momento...

Soy el jefe de un departamento que nunca duerme. ¿Quiere pasar aquí? ¿A este salón?

—¡Quiero irme a casa!

—¡Un momento!... Sólo un momento... Pase... pase... Está bastante confortable.

Entraron en una lujosísima sala.

—Aguarde aquí... Tenemos aún que hablar... ¿Quiere tomar algo? ¿Quiere usted beber? ¡Oh, me olvidaba!... Usted no bebe, usted no fuma... No... no... Bien. Volvire en un momento.

La joven se dejó caer en un diván, desolada. ¡Dios mío! ¿Cómo escapar de las garras de aquel hombre? ¿Cómo hacerlo para huir? Tenía miedo. ¿No intentaría algo contra ella, contra el mismo Julio Rolf?

Y no sabía, la pobre, que en aquel instante Julio estaba en el mismo palacio interesándose por ella.

El barón cerró la magnífica puerta del salón y asimismo la puerta de su despacho... Era imposible que pudiese llegar a Marya el eco de ninguna conversación.

Sonriente se sentó ante la mesa y ordenó a Boris hiciese entrar al periodista.

No tardó éste en aparecer... Avanzó enérgico, frío y dijo con una voz en que vibraba la cólera:

—¿Dónde está Marya Kalish?

—¿Cómo? ¿Quién? ¿Su secretaria?

—Sí. Usted sabe dónde está.

—Puede usted comprender que ese es un tono al que no estoy acostumbrado.

—Quiero saber de ella. Ya sé que la detuvo un agente.

—Cuénteme, tal vez me sea posible ayudarle...

—Cuando salimos del restaurante la llevé a su casa y regresé a mi hotel a terminar todo mi trabajo. Más tarde me di cuenta de que me faltaba pedirle una información sobre algo y llamé a Marya por teléfono. Me dijeron que la habían detenido.

—¿Conque es de Miss Kalish de quien obtiene información?

—¡No, no!... Son informaciones sin importancia—contestó, temeroso de agravar la situación de la joven.

—Sin importancia, ¿eh? Tan sin

importancia que la llama por teléfono en mitad de la noche.

—Por eso la mandó usted detener, ¿eh? ¡Ya comprendo! Pero ella no va a responder por mis artículos.

—Pero, mi buen amigo... Quizás no se trate de nada relacionado con sus artículos... A lo mejor se trata de una leve infracción de las disposiciones policíacas... de algo relacionado con el pasado turbio de Marya Kalish.

Y clavó sus ojos en él como complaciéndose en herirle con crueldad.

—Su pasado no es turbio. No es lo que usted piensa.

—¡Oh, es cierto!, ¿verdad?—dijo con falsa ingenuidad—. Es particular. Hay un informe de un médico que dice precisamente lo mismo... Muy interesante.

—No he venido a discutir su pasado, sólo quiero salvarla.

—¡Exacto! Voy a escribir una nota para el secretario de policía con instrucciones para que él le ayude en todo lo que pueda. Mi opinión es que hallará a Miss Kalish en sus habitaciones por la mañana.

Escribió unas líneas en una tarjeta.

—Debo encontrarla esta noche—dijo Julio—. Yo sé el riesgo que corre una joven con ese Carnet. Y más debe temer de la policía que de nadie.

—¡Pero, amigo mío! ¡Eso es una ofensa!... Debe usted recordar que soy de la policía... En fin, se lo perdono... Tome la tarjeta.

—¿Eso es en todo lo que puede usted auxiliarme?

El barón no tenía ganas de reñir y se limitó a contestar con una sonrisa:

—¿Qué más espera usted de mí? Le aseguro que iría encantado a buscarla por las calles en su grata compañía... pero tengo algo importante que hacer... ¡Boris!

Entró el criado.

—Telefonce a la oficina y pida comunicación con el conde Nikolai... Dígame que quiero hablarle. ¡Buenas noches, mister Rolf!

El barón se reunió con Marya, después de ingerir unas copitas de

licor. Al verle reaparecer con expresión libidinosa, Marya retrocedió asustada y fué a refugiarse en un rincón de la estancia, junto a una magnífica vitrina, en cuyo interior había una nutrida colección de armas.

Andreef, sonriente, alcanzó a la joven y le dijo:

—¿Qué le parece mi colección? ¿Ve?... Cada una de esas armas es un amoroso recuerdo de algún frustrado intento de asesinarme... ¿Quiere usted contribuir?

Y lanzó una estridente carcajada que hirió en lo más vivo el alma de Marya.

Pero ésta, procurando serenarse, comprendiendo la gravísima situación en que se hallaba a merced de aquel hombre, contestó sonriente:

—¡No! ¡Qué pena! ¡No traigo ni un alfiler!

—¿Alfiler? Es raro que haya pensado en un alfiler... Mire... esto es como un alfiler, ¿no le parece?... Un estilete. Lo llevaba una linda viudita bien escondido aquí.

Sacó de la vitrina una fina hoja de acero y se la puso un momento entre su cabello lacio.

—El golpe le falló a la viudita...

Comprendió Marya que aquellos atentados habían sido realizados por pobres mujercitas atacadas por aquel miserable, y manifestó:

—Supongo que los autores de estos fracasos...

—¡Oh!, ¿no le parece a usted un poco tarde ahora para entrar en explicaciones? Mire aquí un surtido de balas... Todas tiernos mensajes... Sus dueños esperaban herir mi corazón u otra parte de mi anatomía.

Sacó un cofrecito en el que había balas de diferente calibre. Marya las miró con espanto y curiosidad.

—Como usted ve—siguió diciendo el barón con sardónica sonrisa—, algunos ni han sido disparados... Errar un paso es errar una milla... Es de América la expresión...

Colocó en su sitio el cofre y, sacando un lindo revólver de plata y nácar, prosiguió:

—Casi me matan con él... Ya le contaré más tarde, si le interesa

a usted... ¿Quiere examinarlo?

La joven, sonriendo de una manera forzada y con el miedo en el corazón, cogió el revólver y lo contempló breves instantes.

—¿Se fía usted hasta ese punto de mí?

—¡Está vacío!

Se lo devolvió ella con un gesto de fatiga.

—Es usted un hombre de suerte... Pero se rumorea de que ello es debido a que lleva usted una coraza.

—Ganas de hablar, hijita...

Marya deseaba marchar, huir cuanto antes del peligro inminente de aquella compañía... Pero, ¿cómo salir de aquella casa en la que ella se había metido para evitar otro mal tan grave como el que le podía ahora suceder?

Anduvo unos pasos. Andreef la miró con codicia, sintiendo una oleada de voluptuosidad por todo el cuerpo. Avanzó hacia ella y ciñó fuertemente su talle, acercándole mucho la boca apestosa de alcohol, produciendo a Marya una repugnancia invencible.

—¿No es el frío del acero lo

que siente usted?—le dijo el general apretándose contra ella.

La mujer procuró no perder la serenidad, su sonrisa tranquila.

—¡Ah, ya entiendo!—respondió—. Su corazón es lo que es de acero, ¿no?

Andreef con una risa imbécil comenzó a aplaudir. Ella se apartó bruscamente de él, andando desorientada por la habitación, seguida a corta distancia por aquel malvado cuyos sentimientos pecaminosos resbalaban sobre ella como una baba de caracol.

—¡Muy inteligente! ¡Muy inteligente! Mire... Si fuese usted un hombre, la enviaba a las minas de azogue sin ningún remordimiento.

Ella le contempló con valentía.

—¿No le asusta lo que puedan decir algún día de usted, lo que, por ejemplo, Julio Rolf pudiera publicar en la prensa?

—Julio Rolf es un brillante escritor; pero tiene grandes dificultades para obtener sus informes... ¡Lo sé! Vaya si lo sé... Pero no hablemos de tonterías... No son interesantes... ¿Quiere un dedito de licor? ¿No? ¿Un poquitín?

—¡No!

—¡Beba, monada!... Estoy seguro de que si esta noche se decide, será usted capaz de templar mi corazón que cree tan cruel y frío... Sí... sí... La suerte está en sus manos de ser una nueva Judith de Bethulia... La sola diferencia entre Holofernes y mi persona, es que yo ya he perdido la cabeza. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

Daba miedo, su aspecto era terrible. Sus brazos pretendieron de nuevo abarcar a la dulce joven, pero ella, una vez más, pudo rehuirlos.

—¡No te escapes, palomita! ¡Te necesito!

llamaron a la puerta... El barón dijo con impaciencia:

—¡Entre!...

Era el criado Boris.

—¡El teléfono, Excelencia! El conde Nikolai.

—¡Ah, perfectamente!... Voy allá... Boris, mira que la casa esté cerrada durante toda la noche... Y usted, Marya, perdone un instante, pero le prometo que ésta es la última interrupción.

Y cerrando herméticamente la puerta, dejó a Marya abandonada

en aquel suntuoso salón, horrorizada, pidiendo a Dios la iluminase para librarse de aquel miserable.

Andreef había ido a su despacho y telefoneaba:

—¡Hola, Nikolai! ¿Qué estás ahí murmurando? ¡Muy bien! Echala de tu lado y escúchame... Sí, Rolf se fué hace un momento de aquí con una nota dirigida a Mirski... Sí, quiero que veas en seguida a Mirski... Adelántate a Rolf si puedes... Sí, sí, con orden de que lo lleven a Kassán y que lo incluyan en un grupo de prisioneros políticos que va a salir de allí para Siberia... Sí, y no quiero equivocaciones... Que no quede rastro de él... ¿Qué? ¿La chica? No te preocupes. No me preguntes más. Sí... sí... exactamente... ¡Adiós, adiós!

Ignoraba el barón que Marya le había oído. En su afán de huir, ella había descorrido un cortinaje que daba a una ventana desde donde se veía perfectamente el despacho del general.

Herida por la sorpresa, escuchó las frases amenazadoras de Andreef para el pobre Julio Rolf y luego las referentes a ella...

¡Oh! ¡Era preciso huir, arrosarlo todo por salvar a Julio y salvarse a sí misma!

Andreef se disponía a reunirse con Marya. Boris se le acercó con unas pastillas medicinales y una botella de coñac... Tomó el barón una pastilla y una copa de licor.

—¿Llevo coñac para la señora?

—¡No! ¡Ella no bebe nada!

—¿No?

—Puede que después...—dijo riendo.

—¡Perfectamente!

Andreef, casi tambaleándose a causa de las frecuentes libaciones de aquella noche, se dirigió al encuentro de Marya.

Esta oyó sus pasos y, decidida a todo para defender su honra amenazada, abrió la vitrina, se apoderó nerviosamente del revólver de plata y nácar y puso en él, después de probar inútilmente con varias balas, una que correspondía a su calibre.

Ocultó rápidamente el arma bajo el abrigo de seda, que llevaba en el brazo, y vió entrar a Andreef, en quien se habían acentuado la brutalidad y el deseo de satisfacer pronto su torpe lujuria.

Lanzando un resoplido de besa, el barón cerró la puerta con llave y empezó a jugar con ella.

Avanzó hacia Marya y sin que la joven pudiera evitarlo depositó un beso en su magnífica espalda.

—¡Oh, déjeme!—exclamó ella con horror, apartándose bruscamente.

—¡No se asuste! ¡No se asuste! ¡Qué piel tan fina! Como seda, como nardo. ¡Cómo me gustan la seda y el nardo!

—¡Miserable! ¡Déjeme salir!

—¿Salir? ¡Nadie sale de mi casa, nadie! ¡Todo cerrado!... ¡Todo!...

Se fijó entonces en que había un cortinaje descorrido que daba a la ventana del despacho y dedujo súbitamente que ella había sido testigo de la conversación telefónica con Nikolai.

—Estoy dudando de si yo he sido un tanto estúpido o usted ha sido un tanto lista... Porque ya sabe que se puede ser demasiado viva, ¿eh? ¡Me ha espiado usted!

Avanzó hacia ella, la expre-

sión feroz, los ojos sanguinolentos, las manos con crispaciones de garra... Su boca se entreabría con un anhelo de besar o morder.

Marya fué apartándose, lívida de terror.

—¡Ven aquí!—gritó él—. ¡Oh, ven aquí, paloma!... Ya sabes que tu amigo Julio Rolf está en un mal paso, ¿eh? ¿Lo sabes? ¡Sí que lo sabes! ¡Ja, ja, ja! Tienes muy buen oído... Pero ese mister Rolf tal vez pudiera salvarse de este paso difícil si tuviese un poderoso amigo... No tiene protectores. Pero sí tiene una muy bonita amiga... Le amas, ¿eh?... Pero no a mí... ¡Ya lo sé! ¡Bien, quíerele! ¿Estás tú preparada para sacrificarle por el que así amas?... ¿Estás preparada para ese sacrificio? ¿No recuerdas lo bonita que te he dicho que eres? ¡Ja, ja, ja!

Ya estaba casi junto a ella, ya sentía Marya la honda y acelerada respiración de aquel bruto.

Fué retrocediendo hasta entrar inconscientemente en otra salita: la alcoba del general...

El general reía, la voz enronquecida como nunca, la mirada abyecta e infernal.

—¡Ja, ja, ja! Nadie nos molestará ahora.

Marya había llegado junto a la pared; ya no podía retroceder más. El bárbaro seguía gozándose en la futura posesión de la virgen.

—¡Basta ya! No quiero que protestes más.

—¡Apártese! ¡Miserable! ¡Apártese!

—¡Ja, ja, ja!... ¿Por qué gritas? Una buena chica como tú no debe gritar... Sí, sí... una buena chica... eres una buena chica... Ella no fuma... ella no ríe... ¡Ja, ja, ja!... ¡Pero ella será mía... mía!

Esta vez avanzó con decisión, sus brazos en círculo para estrecharla contra él.

—¡Oh, no, no! ¡Nunca! ¡Jamás!

La mano derecha de la joven empuñaba el revólver bajo el abrigo. No vaciló más... Vió adelantar al sátiro con toda la vileza de sus instintos desatados... Apretó el gatillo... Una detonación seca, que la estremeció... Un poco de humo y sin que exhalase un grito vió caer ante ella, pesadamente, al general.

Horrorizada de su propia obra tiró el arma. Miró a Andreef cuyos ojos tenían la inmovilidad de la muerte...

Por fortuna, el disparo, hecho con un arma que tenía amortiguador, no había sido oído por nadie.

Temblando abrió la mano derecha del general en la que había la llave del salón.

La joven en su nerviosidad dejó caer su abrigo y, deseosa de huir de allí, salió precipitadamente, de puntillas, hacia la calle, sin que descubriesen su fuga.

Poco después llegó Nikolai, el sobrino de Andreef, que deseaba hablar con su tío acerca del destierro de Julio Rolf. Iba acompañado del agente Bolikov.

Entraron en el salón, llamaron a Andreef, sin que nadie contestase. Entonces descubrieron sobre la alfombra de la alcoba el cadáver ya frío del general.

Pasada la primera impresión del trágico descubrimiento, vieron el abrigo de seda de mujer y Bolikov lo reconoció como el que llevaba Marya.

¡No había, pues, la menor duda

de que aquella joven era la asesina!

Dió orden Nikolai de que se procediese inmediatamente a la detención de Marya.

—¡Traedla como sea! ¡Miserable! ¡Matar a mi pobre tío!...

Y piadosamente cerró los ojos del muerto, que aun conservaban un último destello feroz...

Temiendo a cada momento ver aparecer a la policía, sintiendo terror hasta de su sombra y de sus propios pasos, Marya llegó a su pensión. Al entrar en su cuarto se sorprendió profundamente viendo que la aguardaba Julio Rolf.

—¿Tú? ¡Julio!—dijo con acento tembloroso.

—Te he estado buscando inútilmente. Tengo miedo de la policía... Me he decidido a venir por si te encontraba... Me marchaba ahora... Pero ¿de dónde vienes? ¡Oh, Marya! ¿Qué te pasa? ¿Por qué esa agitación? ¿Lloras? ¡Habla!

—¡Es terrible, terrible! Vengo

de ver al barón. ¡Lo he matado!

—¿Tú? ¿Tú?

—He tenido que hacerlo!

Y le explicó con sobriedad dramática todo lo que había ocurrido desde la llegada del agente Bolikov hasta que el disparo del revólver puso fin a la existencia crápulosa del general.

Julio, emocionado, besó a aquella mujer adorada.

—¡Oh, Marya, no llores, no llores! ¡No te asustes!

—No lloro porque tenga miedo. Lloro porque será tal vez la última vez que te vea. Me encerrarán, iré al patíbulo.

—¡No digas eso! ¡Nunca! ¡Nunca!

—¡No hay salvación para mí!

—¡Sí la hay! ¡Has matado en defensa de tu honra!

—¿Ignoras que estamos en Rusia? ¿No ves que ni siquiera habrá juicio? ¡Esta es mi última hora de felicidad! ¡Bésame, Julio!

Se besaron como en una última hora de amor.

—¡No, no es posible que te pierda!... Debe haber algún medio... Escucha. Hablaré con la embajada inglesa...

—¡Es inútil! ¡No hay futuro!
¡Todo ha acabado... todo!

—¡No, Marya, no!... ¡No podemos renunciar a la felicidad!
¡Hemos de ser libres, huir de esta tierra maldita!

En aquel momento oyóse el paso de tropas... el sonar de los tambores y de las estridentes cornetas.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

Miraron a través de una ventana.

—¡Cálmate, Marya!... ¡Es la guerra!... Son los soldados que parten para la guerra... Mira el pueblo cómo los aclama.

—¡La guerra!

—¡Sí! Y ésta es la ocasión... No perdamos tiempo... Cámbiate de traje. Un traje cualquiera; no te preocupes de nada... Llamaré a la embajada... ¡Anda! ¡Pronto!

Marya, aturdida, se dirigió a su alcoba mientras Julio pedía al portero del hotel le pusiese en comunicación telefónica con la embajada inglesa.

La conversación entre el embajador y él fué breve; el embajador estaba dispuesto a ayudarles, fa-

cilitándoles un pasaporte diplomático para que pudiesen escapar.

—No pierdan tiempo... El avión sale dentro de una hora.

Marya estaba ya vestida con traje de calle, cubriéndose con un recio abrigo.

—¡Animo, Marya!... ¡Huiremos de Rusia...! ¡Aun es tiempo!

—¿Será posible, Julio, será posible?

—¡Vamos!

Salieron. La calle bullía de animación... Pasaban soldados aclamados por el pueblo, que no se daba cuenta de que comenzaba un nuevo y terrible calvario para él.

Apenas se hubieron alejado de la pensión, se detuvo ante ésta un automóvil que conducía a Bolikov y a varios oficiales de policía...

¡Ah, de no haber tanta gente en la calle, se hubieran reconocido mutuamente! Pero ni Marya vió al policía ni éste se dió cuenta de que se le escapaba su presa.

Los agentes entraron en el hotel.

—Portero, ¿ha salido Marya Kalish?

—Creo que está arriba.

Subieron al cuarto. No había

nadie. Regresaron a la portería.

—La muchacha no está...

—Pues debe haber salido hace un momento, señor... Yo me ausenté unos instantes...

—¿Estás seguro de que ella ha venido?

—Ya lo creo, señor... Estaba con el señor Rolf. Han llamado a la embajada inglesa desde su cuarto.

—¿A la embajada inglesa?
¡Pronto! ¡Marchemos!

Subieron velozmente al automóvil haciéndose conducir a la embajada. Pero el camino tuvo que ser forzosamente lento a causa de la multitud que invadía las calles.

Llegaron por fin a la embajada, entrando como en país conquistado, con la brutalidad de autócratas que no respetaban ni el suelo inviolable.

—¿Dónde está el embajador?— preguntó Bolikov a un criado.

—Acaba de salir, señor.

—¿Ha recibido la visita de dos personas, hombre y mujer?

—Sí, señor.

—¿Dónde han ido? ¡Pronto!
¡Somos policías!

—Salieron en automóvil... He

oído decir que iban al campo de aviación... El embajador les facilitó unos pasaportes.

—¿Al campo de aviación? ¡Pretenden huir! ¡Hay que impedir su fuga!

Bolikov telefoneó desde allí mismo.

—Tres... seis... siete... veinte y dos... ¡Por favor! ¡De prisa!

Entretanto habían llegado al aeródromo, de donde iba a partir un avión hacia Escandinavia, Marya y Julio Rolf, quienes poseían los despachos diplomáticos que acababa de entregarles el embajador.

Los dos jóvenes, cogidos del brazo, con una emoción y una nerviosidad profundas, esperaban las visas en los pasaportes. ¡Ah, tal vez dependía de unos minutos su libertad!

Un funcionario del gobierno despachaba los documentos. Delante de Marya y Julio había otro extranjero al que el agente puso el correspondiente visado.

En aquel instante sonó el timbre del teléfono que había sobre la mesa. Nervioso, cargado de traba-

jo, el inspector descolgó el aparato.

—¡Demonio! Desde que estalló la guerra no calla este aparato. Todo extranjero en San Petersburgo quiere volar.

Y Bolikov, que era quien llamaba, se daba a todos los demonios viendo que no recibía contestación. Y los minutos eran sagrados, definitivos... Tal vez no llegase a tiempo.

Ahora les tocó el turno a Julio y a Marya. No hubo inconveniente alguno. Los pasaportes diplomáticos estaban en regla.

Estrechándose dulcemente las manos, con ansia febril de felicidad, se dirigieron al avión, acomodándose en la cabina.

Ya volteaban las hélices, ya pronto el aeroplano iría a buscar su camino de luz.

El encargado de los pasaportes, descongestionado de trabajo, volvió a colgar el aparato telefónico. Y de nuevo surgió la llamada insistente, apremiante.

Se decidió a contestar.

—¿Quién es?

—¡Por fin!—dijo la voz irritada de Bolikov—. ¿Es el Aeropuer-

to?... Aquí Bolikov, agente de policía... Detengan inmediatamente a una rusa que viaja con inglés Rolf en aeroplano... ¡Pronto!

—¡Oh! ¡Oh! ¡El avión está saliendo! ¡Oh!

Corrió el funcionario hacia el campo, pero ya el aeroplano se deslizaba majestuosamente por el césped y a poco se elevaba.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Se escapan!

¡Inútil empeño! No había ningún otro avión para seguirles. Y el aparato se elevaba a considerable altura, sin que ninguno de sus ocupantes se hubiese fijado en lo que ocurría abajo. Marya y Julio lanzaron un profundo suspiro como si quisieran arrojar de sí todo el aire venenoso de la tierra.

El, sonriente, le abrió el monedero y sacó el Carnet... el odioso Carnet Amarillo, causante de tantas desdichas. Lo hizo pedazos y tiró éstos por la ventanilla. ¡Adiós! Que no quedase ni el recuerdo de tanta maldad.

—¡Julio! ¿Hacia dónde vamos?—inquirió Marya.

—El avión va a Suecia. Desde allí otro aeroplano nos conducirá a Inglaterra, donde nos casaremos,

donde para siempre serás libre...

—¡Julio! ¡Qué feliz soy... qué feliz!... Pero aun tengo miedo...

—No temas ya. Dentro de pocas horas estaremos fuera de Rusia.

—Pero aquí quedan mi madre y mi abuelo...

—No sufras por ellos. Pediremos pasaporte diplomático y podrán venir a reunirse con nosotros en una tierra libre, noble...

—¡Gracias, Julio!

Y riendo se dieron un dulce beso de amor que hizo reír a sus compañeros de viaje.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La ingeniosa producción, en español

SU ÚLTIMA NOCHE

por Ernesto Vilches, María Alba, Conchita Montenegro, Juan de Landa, etc.

NOTA IMPORTANTE: Si le interesa alguna novela y no la encuentra en su quiosco o librería habituales, pídasela y, contra remesa de su importe en sellos de correo o giro postal, según su cuantía, se la enviaremos seguidamente.

Pida los últimos catálogos de Ediciones Bistagne

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS AL APARECER ESTA IV EDICIÓN

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia. Zazá.—¡Adiós juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mr. riposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano. La Tierra de todos.—Trípoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara.—El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Ópera.—Ben Ali.—Los Cuatro Diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Singapore.—¡La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina, la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El Pagano de Tahiti.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 98.—Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Ceres.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Estepa.—El precio de un beso.—La rapsodia del recuerdo.—Delikatessen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de Infantería.—Olimpia.—Monsieur Sans-Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De frente... marchen!—Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charco.—Tempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos.—Ben-Hur (edición popular).—La incorregible.—El malo.—El pavo real.—Bajo los techos de París.—Wu-li-Chang.—Montecarlo.—Camino del infierno.—¡Mío serás!—¡Aleluya!—La mujer que amamos.—Al compás de 3/4.—La princesa se enamora.—Amanecer de amor.—El gran desfile (edición popular).—Du Barry, mujer de pasión.—La viuda alegre (edición popular).—Ángeles del infierno.—Cuerpo y alma.—El impostor.—Esposa a medias.—Esclavas de la moda.—Petit Café.—Hay que casar al Príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dugan.—En cada puerto un amor.—Marruecos.—¿Conoces a tu mujer?—El millón.—La mujer X.—Gente alegre.—Mar de fondo.—La llama sagrada.—La ley del harén.—La fruta amarga.—Vidas truncadas.—La fiera del mar.—Tabú.—El pasado acusa.—Papá piernas largas.—Trader Horn.—Un yanqui en la Corte del rey Arturo.—El Código penal.—La pura verdad.—Maternidad o El derecho a la vida (fuera de serie).—Carbón (La tragedia de la mina).—Estudiantina.—Las peripecias de Skippy.—¡Qué viudita!—El camino de la vida.—Noches de Viena.—Mamá.—Eran trece.—Cheri-Bibi.—Bésame otra vez.—Camarotes de lujo.—Los hijos de la calle.—La Divorciada.—Madame Satán.—¿Cuándo te suicidas?—Marianita.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



Precio: UNA peseta